
NOW A MAJOR MOTION PICTURE
Goosebumps®
BRIDE of the LIVING DUMMY
R.L. STINE
SCHOLASTIC



R.L. STINE

SCHOLASTIC INC.



"Jillian - ¿qué estás*haciendo*?"

Escuché la voz chillona de mi hermana desde la puerta de mi habitación. Dejé caer otra mosca muerta en la jaula de cristal. La puntiaguda lengua rosada de Petey salió disparada y la lamió.

“Mmmmm. Carne de mosca jugosa —le murmuré. “Agradable y raro.”

"¿Qué estás haciendo?" repitió Katie.

Me volví hacia la puerta. “Estoy practicando el violín”, le dije. Katie hizo una mueca de disgusto. "No tu no eres. Estás alimentando a ese lagarto”.

"Duh", respondí, poniendo los ojos en blanco. Levanté una mosca muerta. “¿Quieres un bocadillo? Yum Yum."

"Ese lagarto es asqueroso", gimió.

"Me gusta", insistí. Metí la mano en la jaula y le hice cosquillas a Petey debajo de su barbilla plana y correosa. "Es tarde. ¿Por qué sigues despierto?" Le pregunté a mi hermana.

Ella bostezó. “No estoy cansada”, respondió ella.

Amanda, la gemela de Katie, entró en la habitación. “Yo tampoco estoy cansada”, declaró. “Y Mary-Ellen tampoco. ¡Mary-Ellen quiere que nos quedemos despiertos hasta medianoche!

Gruñí. "Saca a Mary-Ellen de mi habitación, por favor", dije con los dientes apretados.

“¡Mary-Ellen puede ir a donde quiera!” Amanda insistió.

"No le agradas a Mary-Ellen, Jillian", añadió Katie con una mueca de desprecio. "¡Ella te odia y odia a tu lagarto!"

"Bueno, ¡odio a Mary-Ellen!" Lloré. "¡Sácala de mi habitación!"

Sé que sé. Estaba siendo tan infantil como mis hermanas de seis años. Pero no puedo evitarlo. Realmente odio a Mary-Ellen.

Desde que papá trajo a Mary-Ellen a casa, la vida aquí en la casa Zinman ha sido difícil.

Mary-Ellen es una muñeca enorme, casi tan alta como las gemelas. Tiene el pelo castaño rizado hecho con hilo de fregona. Una boca roja con forma de corazón se torció en una sonrisa enfermiza. Extraños ojos de cristal de color violeta. Y feos círculos rojo sangre pintados en sus redondas mejillas.

La muñeca es una*horror*—pero las chicas la tratan como a una tercera hermana. Visten a la muñeca con su ropa. Hablan con ella. Le cantan. Pretenden darle de comer. Y la arrastran a todos lados.

Son mucho más amables con Mary-Ellen que conmigo. Por las noches planeo cosas horribles que le voy a hacer a esa muñeca asquerosa.

Amanda se echó la muñeca grande al hombro. "Mary-Ellen dice que podemos quedarnos despiertos hasta medianoche", me dijo.

Deslicé otra mosca jugosa en la boca abierta de Petey. “No creo que a mamá y papá les importe lo que diga una muñeca grande y fea”, respondí.

Las chicas se dieron vuelta y comenzaron a irse. "Te arrepentirás", me advirtió Katie. "Lamentarás haber sido malo con Mary-Ellen".

"Mary-Ellen dice que lo lamentarás", añadió Amanda. La gran cabeza de la muñeca rebotó sobre su hombro mientras salía de la habitación.

Cerré la puerta de golpe y dejé escapar un largo suspiro. ¿Por qué los niños de seis años tienen que ser tan molestos?

Terminé de alimentar a Petey. Luego llamé a algunos amigos y hablé un rato, intentando hacer planes para el fin de semana.

Me quedé dormido alrededor de las once y media. Soñé con mi amigo Harrison Cohen. Soñé que él y yo podíamos volar. Estábamos sobrevolando nuestra escuela y todos nuestros amigos quedaron asombrados.

Un afilado*HACER CLIC*Me sacó de mi sueño.

Me desperté con un grito ahogado de sorpresa. Y entrecerré los ojos en la oscuridad de mi habitación.

escuché otro metálico*HACER CLIC*. Y luego un sonido chirriante y agudo. Una espada plateada brilló en la oscuridad.

¿Eh? ¿Una cuchilla?

*¿Qué está sucediendo?*Me preguntaba.

Intenté moverme. Demasiado tarde.

La espada descendió hasta mi garganta y comencé a gritar.



Extendí ambas manos. Intenté agarrar la espada. Aléjalo.

Escuché una suave risita.

La luz de la mesa de noche se encendió.

"¿Eh?" Dejé escapar un grito de sorpresa mientras miraba los rostros sonrientes de mis hermanas. Katie sostenía un par de largas tijeras de metal en la mano. Su sonrisa se desvaneció. "Arruinaste nuestra sorpresa", gimió.

"¿Eh? ¿Sorpresa?" Mi corazón latía con fuerza en mi pecho. "Qué vas a *haciendo* ¿Aquí? Lloré sin aliento.

"Queríamos sorprenderte", respondió Katie. "Queríamos hacerte un corte de pelo".

Mi boca se abrió, pero no salió ningún sonido. Estaba demasiado horrorizada para hablar.

"A*Corte de pelo*?" Finalmente me atraganté. "A*Corte de pelo*?"

"¿Por qué tuviste que despertar?" Amanda lloró. "¡Arruinaste todo!"

"Yo - voy a arruinar*tú*!" Lloré. Con un grito furioso, agarré las tijeras de la mano de Katie.

Las chicas siempre me están gastando malas pasadas. Pero nunca nada tan horrible como esto. "¿Qué te dio la idea?" Farfullé.

"Mary-Ellen dijo que necesitas un corte de pelo", respondió Katie, tirando de mi cabello. "Fue idea de Mary-Ellen".

Enojada, aparté su mano. "Sal... fuera... de... mi... habitación", dije con los dientes apretados. “Te pagaré por esto. Prometo que te lo devolveré”.

Ambos suspiraron y se dieron vuelta para irse.

"¿Sabes lo que voy a hacer?" Los llamé. "Voy a dar *María-Ellen*un corte de pelo. voy a*cortarle la cabeza*!”

“Mary-Ellen escuchó eso”, respondió Katie.

"Lo lamentarás", añadió Amanda.

Regresaron a su habitación al final del pasillo. Me tomó horas volver a dormir. "Talvez yo*voluntad*Córtale la cabeza a la muñeca”, me dije. "Ciertamente mejoraría su apariencia..."

* * *

El sábado por la tarde estaba en mi habitación, esperando que apareciera mi amigo Harrison. La brillante luz del sol entraba a través de la ventana abierta. Un bonito día de otoño.

"Jillian, ¡es hora de irse!" Escuché a Amanda llamar desde el pasillo. "¡Sí!

¡Hora de irse! ¡Hora de irse!" Katie y Amanda empezaron a cantar. "¡Hora de irse! ¡Hora de irse!"

¿Por qué a los niños de seis años les gusta cantarlo todo?

"Oye, ¡dame un respiro!" Me tapé los oídos con las manos.

Ignoré sus gritos y me miré al espejo. Tengo el pelo negro y liso y ojos verdes redondos. Soy alta y muy delgada. Soy la chica más alta de sexto grado. A veces papá me llama Noodle porque soy muy delgada y heterosexual.

Adivina cuánto me gusta eso.

Los gemelos son altos, delgados y también de pelo oscuro. Katie se recoge el pelo en una cola de caballo. Amanda suele dejarse el pelo caer sobre los hombros.

Pero todavía tengo problemas para diferenciarlos. Hasta que hablen. Katie es la que tiene la voz chillona. Ella es la salvaje. ¡Ella siempre está conectada!

Amanda suele ser mucho más tranquila, mucho más tranquila y más reflexiva.

Excepto por ahora. Ambos tiraban de mí, tiraban de mí hacia la puerta y gritaban: “¡Es hora de irnos! ¡Hora de irse!"

"¿Ir a donde?" Lloré.

Mamá entró en la habitación con un montón de camisetas limpias. Los dejó sobre mi cama y luego le hizo una mueca a Petey. Ella también lo odia. "Jillian, ¿te olvidaste de llevar a tus hermanas al Little Theatre?" exigió.

"¡Oh, no!" Lloré. "I*hizo*¡olvidar!"

Semanas atrás, les había prometido a los gemelos que los llevaría a ver el espectáculo de ventrílocuo en la sesión matinal del sábado.

"Tú*tener*¡Para llevarnos! Katie chilló. Tiró de mi brazo con tanta fuerza que mi hombro se rompió.

"Tú*tener*¡a!" —repitió Amanda.

“Pero voy a conocer a Harrison”, le protesté a mamá. Harrison vive al final de la cuadra. Hemos sido mejores amigos desde que le hice comer un plato entero de barro en primer grado.

Eso fue hace cinco años. Hasta ahora, Harrison no ha hecho nada para devolverme el dinero. Creo que está esperando el momento adecuado.

Mamá me miró con los ojos entrecerrados. Su mirada sensata. “Se los prometiste y los aceptarás... ¡ahora!” ella ordeno.

Los gemelos estallaron en una ovación ensordecedora.

“Llévate a Harrison contigo”, añadió mamá. "Estoy seguro de que disfrutará el espectáculo".

Sí. Con seguridad. Casi tanto como comer barro.

Mamá me miró aún más fuerte. "Jillian, quieres ganar dinero entreteniendo a los niños en fiestas de cumpleaños, ¿verdad?"

"Correcto", respondí.

“Así que tal vez obtengas algunas buenas ideas en esta exposición”, dijo mamá. Gruñí. “Mamá, quiero ser payaso. No es un ventrílocuo tonto”. Mamá se acercó a mí. “Se lo prometiste”, susurró. "Bien bien. Nos vamos”, dije.

Los gemelos volvieron a aplaudir.

"En realidad, a Harrison le gustan este tipo de cosas", agregué. "Probablemente pensará que el espectáculo es increíble".

"¡Si Harrison viene, entonces Mary-Ellen también tiene que venir!" —gritó Katie. "¡Sí!"

Amanda estuvo de acuerdo. "Mary-Ellen quiere ver al ventrílocuo". "¡De ninguna manera!"

Protesté. "¡De ninguna manera traeré ese monstruo grande y feo!" Amanda desapareció

por el pasillo hacia la habitación que ella y Katie comparten. Unos segundos más tarde, ella estaba de regreso, arrastrando la muñeca grande. "¡Mary-Ellen dice que tiene que venir con nosotros!"

"Pero... pero..." farfullé. "Ella es demasiado grande. Tendré que comprarle un billete. ¡Tendrá que tener su propio asiento!

"¡La sostendré en mi regazo!" —gritó Katie.

"No.*Enfermo*¡sostenla!" Amanda insistió.

"No la llevaré", insistí. Miré el reloj sobre la repisa de la chimenea. "Deja la muñeca y vámonos", dije. Recogí mi bolso.

Amanda no se movió. Abrazó a la muñeca grande. "¡No iré a menos que Mary-Ellen también vaya!"

"Yo tampoco voy a ir", gruñó Katie con su voz ronca. "Está bien,

está bien", suspiré. Pude ver que no iba a ganar esta discusión. "Puedes traer la muñeca".

Ambos aplaudieron. Les encanta ganar. Y como son unos mocosos mimados y casi siempre ganan, tienen mucha práctica animando.

Un sonido ensordecedor, un gemido estridente, resonó en la habitación. "Qué es*eso*?" Lloré.

"Sabes. Es tu papá", respondió mamá. Otro

gemido estridente me hizo taparme los oídos.

"Está en su taller". Mamá suspiró. "Sigo cortando esa mesa de café".

"Ha estado construyendo esa mesa durante seis meses", dije.

"Estoy seguro de que será hermoso cuando esté terminado". Mamá miró el reloj. "Realmente vas a llegar tarde".

"Vamos, ustedes dos", dije. "Vamos a ver este espectáculo".

"¡Mary-Ellen también!" Katie me lo recordó.

"Lo sé. Lo sé", gemí.

Hizo girar la muñeca grande. Su pesada mano de plástico me abofeteó. "Ey - !" Grité enojado.

“Mary-Ellen lo hizo. ¡Yo no!" Katie insistió. Ella le sacó la lengua a

a mí.

Harrison estaba caminando por el camino de entrada. El es muy grande. Muy*biiii*. Cabeza grande, pecho grande, brazos y piernas grandes y musculosos. Tiene cara redonda, ojos oscuros y serios y cabello corto y oscuro.

"¿Qué pasa?" él llamó.

“Vamos a un espectáculo de ventrílocuos”, le dije. "Todos nosotros."

"Genial", respondió.

Sabía que le gustaría.

Pensé que me aburriría hasta las lágrimas.

Y en eso tenía razón. Pero esto es lo que no sabía. No sabía

que este programa arruinaría nuestras vidas.



"¿Cuando inicia? ¿Cuando inicia?" Los gemelos saltaron en sus asientos. Mary-Ellen saltó en el regazo de Katie. Ella se giró hacia un lado y me llenó la boca de pelo de muñeca rizado.

Teníamos fantásticos asientos en el centro de la tercera fila. Miré a mi alrededor. El Little Theatre solía ser una antigua sala de cine. Ahora se utiliza principalmente para juegos infantiles.

El amplio escenario se alzaba sobre nosotros con su descolorido telón rojo. El antiguo teatro tenía dos balcones en la parte trasera. Pero ahora están cerrados. El resto de los asientos están rotos o rotos. Pero a los niños no pareció importarles.

Cientos de niños pequeños atestaron el teatro. Todos gritaban y saltaban arriba y abajo, como Katie y Amanda, ansiosos por que comenzara el espectáculo.

Unas filas detrás de nosotros, una pequeña niña pelirroja lloraba a mares. Su madre arrastraba a un niño con un suéter amarillo brillante por el pasillo. Ella tenía un pañuelo presionado contra su nariz, tratando de detener una hemorragia nasal.

Me volví hacia Harrison. "Guau. Divertido, ¿eh? Dije, poniendo los ojos en blanco.

Él me sonrió. "Creo que los ventrílocuos son geniales".

Harrison es un tipo raro. Él nunca se queja. Él piensa *todo* es genial.

A veces pienso que es de la luna.

Sentí que algo rebotó en mi cuello. Me di la vuelta. Los gemelos se tiraban palomitas de maíz. “Están desperdiciando todas sus palomitas de maíz”, les dije.

“Mary-Ellen quiere su propio bolso”, insistió Katie. "Ve a comprar un bolso para Mary-Ellen".

"De ninguna manera", respondí. “Puedes compartir con ella”. “¿Cuándo

empieza el espectáculo? Estoy aburrida”, se quejó Amanda. "Mary-Ellen

también está aburrida", añadió Katie.

Los ignoré y me volví hacia Harrison. "¿Recuerdas el próximo sábado por la noche?" Le pregunté.

Entrecerró sus redondos ojos oscuros hacia mí. "¿Eh?"

"¡Hola!" Le golpeé la cabeza. “¿Hay alguien ahí? Hablamos de ello cien veces, ¿recuerdas? ¿Cómo me vas a ayudar a entretener en la fiesta de cumpleaños?

"Oh. Sí." Se rascó el pelo corto. "Somos payasos, ¿verdad?" “Tenemos que

practicar nuestro acto”, le dije. “Quiero ser realmente divertido. Es mi primer trabajo. Y la señora Henly me paga treinta dólares.

"Pago*a nosotros*Treinta dólares”, me corrigió Harrison.

“¡No tenemos suficientes palomitas de maíz!” —interrumpió Katie. “Mary-Ellen necesita su propio bolso. Ve a buscarlo, Jillian. ¡Apurarse!" Empujó la muñeca grande frente a mi cara.

No pude soportar más. Lo perdí.

"¡Aléjame esa cosa fea!" Grité. Le di una bofetada a Mary-Ellen. La cabeza de la muñeca se echó hacia atrás.

Sorprendida, Katie puso la muñeca en su regazo. Ella se burló de mí y sacó la lengua.

La música sonaba a todo volumen por los altavoces. "¡Niños y niñas, damas y caballeros!" —tronó una voz profunda. "¡Por favor, denle la bienvenida a Jimmy O'James y a su buen amigo Slappy!"

La música aumentó y todos los niños aplaudieron y vitorearon. Sonriendo y haciendo una reverencia, el ventrílocuo salió frente a la cortina roja con su muñeco en el brazo.

Jimmy O'James se dejó caer en el alto taburete que había en el centro del escenario. El era joven. No parecía mucho mayor que las niñeras adolescentes que contratamos para los gemelos.

Grande y de hombros anchos, vestía un suéter negro de cuello alto sobre pantalones negros. Tenía el pelo corto y castaño y una gran sonrisa que parecía congelada en su rostro. ¡Nunca dejó de sonreír!

Slappy, el muñeco, también tenía una sonrisa que no desaparecía. Sus redondos ojos azules se deslizaron rápidamente de un lado a otro, como si estuviera observando al público.

Slappy tenía una onda de cabello castaño que se erguía sobre su cabeza. Estaba vestido con una chaqueta deportiva gris oscuro y una camisa blanca con una pajarita roja. Llevaba pantalones grises holgados y zapatos negros, muy grandes y muy brillantes.

Miré a los gemelos. Estaban sentados alerta, al fin en silencio, mirando hacia el escenario. Mary-Ellen estaba sentada en el regazo de Katie.

“Hola a todos”, comenzó el ventrílocuo. "Quiero que conozcas a mi amigo Slappy".

La boca pintada de rojo de Slappy se deslizó hacia arriba y hacia abajo. "¿Somos amigos?" preguntó. Tenía una voz estridente, de niño pequeño. "¿Somos realmente amigos, Jimmy?"

“Por supuesto que sí”, respondió el ventrílocuo. "Tu y yo somos*mejor* amigos, Slappy”.

"Entonces, ¿le harías un favor a tu mejor amigo?" Slappy preguntó dulcemente.

"Por supuesto", respondió Jimmy. "¿Que favor?"

“*¿Podrías quitar tu mano de mi espalda?*—gruñó Slappy. Los niños del público se rieron. También vi a Harrison reírse. “Me temo que no puedo hacer eso”, dijo Jimmy. "Verás, tú y yo somos*muy cerca*amigos."

Slappy ladeó la cabeza. "¿Amigos muy cercanos? ¿Qué cerca? ¿Puedes darme un beso?"

"No lo creo", respondió Jimmy.

"¿Por qué no?" Slappy exigió en voz baja. “¡No quiero que me hagan astillas!” Declaró Jimmy.

Todos los niños se rieron. Katie y Amanda pensaron que eso era muy divertido.

De repente, la voz de Slappy cambió. “¿No quieres besarme? Bueno, yo tampoco quiero besarte. Aquí tienes un acertijo, Jimmy”, gruñó. Su voz salió áspera y ronca. "¿Cuál es la diferencia entre un zorrillo y tu aliento?"

"Yo... no lo sé", tartamudeó Jimmy. “

¡Yo tampoco lo sé!—ladró Slappy.

Los niños del público se rieron. Pero vi que la sonrisa de Jimmy se desvanecía. Desde nuestros asientos de la tercera fila, pude ver gotas de sudor en su frente.

“Slappy, sé amable”, lo regañó. "Me prometiste que no harías eso".

"Aquí tienes otro acertijo, Jimmy", gruñó el muñeco. "No por favor. No

más acertijos”, suplicó el ventrílocuo. De repente parecía realmente molesto. Sabía que todo era un acto. Pero ¿por qué Jimmy O'James fingía estar tan nervioso?

“¿Qué tienen en común tu cara y un plato de crema de maíz?” -Preguntó Slappy.

"A mí... no me gusta este acertijo", protestó Jimmy. Se obligó a devolver la sonrisa. Se volvió hacia el público. "Hola, niños, díganle a Slappy..."

“¿Qué tienen en común tu cara y un plato de crema de maíz?” Slappy gruñó.

El ventrílocuo suspiró. "No sé. ¿Qué?" “

¡Ambos parecen vómito!—gritó Slappy.

Todos rieron.

Jimmy O'James también se rió. Pero vi más sudor correr por su frente. “Muy gracioso, Slappy. Pero no más insultos. Sé amable... o te buscaré un nuevo trabajo.

"¿Nuevo trabajo?" -Preguntó Slappy. “¿Qué nuevo trabajo?” "Te

conseguiré un trabajo como muñeco de pruebas de choque".

"Ja ja. Recuérdame que me ría”, gruñó Slappy. "Eres tan divertido como los calambres estomacales".

“Slappy, por favor. Dame un respiro”, suplicó Jimmy.

De repente, Slappy volvió a ponerse dulce. "¿Quieres escuchar un cumplido?" preguntó. “¿Puedo hacerte un cumplido, Jimmy?”

El ventrílocuo asintió. "¿Un cumplido? Sí. Eso es mejor. Vamos a escuchar él."

"¡APESTAS!" Slappy chilló.

Jimmy parecía herido. "Eso no es un cumplido", dijo.

"Lo sé. ¡Mentí!" - exclamó Slappy. Echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca con una risa desdeñosa.

Katie y Amanda estaban al borde de sus asientos, inclinadas sobre los asientos frente a ellas, riendo. Me volví y vi que Harrison también se reía.

"Este tipo es realmente divertido", dijo Harrison. “Ese muñeco tiene un*maldita sea* ¡actitud!"

"Sí. Supongo”, respondí.

"Ni siquiera puedes ver cómo se mueven los labios del ventrílocuo", dijo Harrison. "Es bastante impresionante".

"Jimmy, deberías estar en el billete de un dólar", decía Slappy. "¡Porque tu cara está toda verde y arrugada!"

Los gemelos se rieron y golpearon los asientos frente a ellos.

"¡O tal vez deberías estar en el centavo!" -gritó Slappy-. "¿Saber porque? ¿Saber porque?*¡Porque eres prácticamente inútil!*¡No vales nada, Jimmy! ¡Sin valor!"

El sudor corría por la frente de Jimmy O'James. Apretó los dientes y cerró los ojos mientras el muñeco le gritaba.

¿Por qué Jimmy parece tan infeliz y tan molesto? Me preguntaba.

¿Por qué se ve así?*asustado*?



“Dejemos de insultar y hablemos con algunos de los niños”, sugirió Jimmy al muñeco. "Serás amable con los niños, ¿no?"

"Por supuesto", respondió Slappy. "Soy un buen chico."

El ventrílocuo se levantó y se inclinó sobre el frente del escenario. "¿A quién le gustaría venir a conocer a Slappy?"

Decenas de manos se alzaron. Antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando, Katie y Amanda estaban empujando hacia el pasillo. Luego salieron corriendo al escenario. Katie arrastró a Mary-Ellen con ella.

"Oh, vaya", murmuré. "Esto debería ser interesante..." "¡Esa muñeca es casi tan grande como tú!" -exclamó Jimmy O'James. Slappy se inclinó hacia Mary-Ellen. "Eres bonita", le dijo a la muñeca. "¡Muy feo!"

El público se rió mucho. Mis hermanitas no se rieron. Katie luchó por sostener la muñeca grande.

"Entonces sois gemelos, ¿eh?" Slappy gruñó. “¿Cómo os llamáis? — *La pareja espantosa*?”

Slappy echó la cabeza hacia atrás y soltó una risita aguda. Algunos niños del público se rieron. Pero a la mayoría de ellos no les pareció gracioso.

"Apuesto a que compartes*todo*¿No es así? Slappy les dijo a mis hermanas. “¿Quién de ustedes está usando el*cerebro*¿hoy?"

Slappy volvió a reír. Jimmy lo agarró con ambas manos y lo sacudió. "¡Basta, Slappy!" gritó enojado. “¡Dejen de insultar a los niños!”

"¡Les encanta!" Declaró Slappy. "¡Me aman y te odian!" Me incliné hacia

adelante, mi corazón latía con fuerza. Katie y Amanda parecían realmente infelices. ¿Por qué el ventrílocuo hacía que Slappy les dijera esas cosas malas?

A mi lado, Harrison se reía mucho. "¡Este tipo es un alboroto!" él

declaró.

“No creo que sea muy divertido”, confesé.

"Chicas, creo que se parecen mucho a las Cataratas del Niágara", gruñó

Slappy. Katie y Amanda intercambiaron miradas confusas.

"Slappy, ¿dices que son como las Cataratas del Niágara, la cascada?" —preguntó Jimmy. "¿Por qué dices eso?"

"¡Ambos son grandes gotas!" -gritó Slappy-.

"¡Eso no es muy agradable!" —protestó Katie.

El público guardó silencio.

“Chicas, creo que será mejor que regresen a sus asientos”, dijo Jimmy O'James, sacudiendo la cabeza. "Slappy no está de muy buen humor hoy".

Las chicas dieron media vuelta y salieron corriendo del escenario. Katie tropezó y casi deja caer a Mary-Ellen.

"¡Consíguele a tu muñeca un collar antipulgas!" Slappy los llamó.

Las chicas se abrieron paso entre la fila y se dejaron caer en sus asientos. Katie frunció el ceño enojada. Amanda negó con la cabeza. Pude ver que se estaba sonrojando.

Katie se inclinó para hablar conmigo. "Eso fue realmente cruel", susurró. "No era

gracioso", añadió Amanda. Pude ver cómo se formaban lágrimas en las esquinas de sus ojos. "Yo... yo estaba muy avergonzado".

“No me sentí avergonzado. Simplemente estaba enojada”, susurró Katie.

Dos lágrimas rodaron por las mejillas de Amanda. Katie nunca llora. Pero Amanda llora si la miras raro.

“Ese es simplemente su acto”, les dije. “Algunas personas piensan que los insultos son divertidos. Si estuviera ahí arriba y Slappy dijera esas cosas sobre*a mí*, te reirías de tu

No respondieron. Se recostaron en sus sillas y miramos el resto del espectáculo. Amanda miró hacia el escenario, frunciendo el ceño y con los brazos cruzados sobre el pecho. Katie abrazó fuertemente a Mary-Ellen. Ninguna de las chicas sonrió una vez.

Harrison fue el único que pareció disfrutar del espectáculo. “Ser ventrílocuo parece divertido”, me dijo. "Puedes decirle cosas horribles a la gente, ¡y todos culpan al tonto!"

El ventrílocuo finalizó su acto con una canción. Cantó una línea y luego Slappy cantó la otra.

"¡Dejémoslo todos por Jimmy O'James y su divertido amigo Slappy!" Una voz retumbó desde fuera del escenario.

Todos aplaudieron y vitorearon. Todos menos Katie y Amanda. Luego

comenzamos a caminar por la fila hacia el pasillo. Katie y Amanda abrieron el camino. “Lamento que no hayan disfrutado el espectáculo”, les dije.

"Vamos a decirle a ese ventrílocuo que es malo", declaró Katie. "¿Disculpe?"

Había tanto ruido en el gran teatro que no estaba seguro de haberla oído correctamente.

“Vamos a decirle que no debería hacerles eso a los niños”, dijo Amanda.

"No es nada gracioso", se quejó Katie. "Y creemos que debería pedir perdón".

"No, espera..." comencé.

Se abrieron paso hacia el pasillo lleno de gente. Todos se dirigían a las salidas. Las chicas giraron hacia el otro lado y se dirigieron hacia el escenario.

"Esperar - !" Lloré. “¡No creo que sea una buena idea! Hola, ¿Katie? ¿Amanda? ¡Regresar!"

Demasiado tarde. Los vi abrir una pequeña puerta al costado del escenario y desaparecer detrás de ella.



Me detuve en seco. Harrison chocó directamente contra mí.

"¡Ay!" Es tan grande. Fue como si lo golpeara un elefante. "Lo

siento", murmuró. “¿A dónde fueron tus hermanas?”

Señalé la puerta al lado del escenario.

"¡Pero todos se van!" gritó.

“Quieren hablar con el ventrílocuo”, le dije. Tuve que gritar por encima de las fuertes voces de los niños. Dos niños pequeños se deslizaron frente a mí y se golpearon mientras corrían.

Agarré la manga de la camiseta de Harrison. "Vamos. Ayúdame a encontrarlos”, dije.

Lo arrastré hacia la puerta y la abrí. Ambos intentamos pasar a la vez y nos quedamos atrapados en la puerta.

“¿No has tenido*suficiente*¿Comedia por un día? Lloré. Dio un paso

atrás y yo crucé la puerta. Nos encontramos en un pasillo largo y estrecho. Entrecerré los ojos en la oscuridad, pero apenas pude ver nada.

"Extraño", murmuró Harrison. Su voz resonó en las paredes de hormigón. “Es como un túnel. ¿Estás seguro de que esa era la puerta del escenario?

"¿Cómo debería saberlo?" Rompí. "Sólo sé que las chicas entraron aquí".

Empezamos a caminar hacia el pasillo. Pasé una mano por la pared. Harrison permaneció cerca de mí.

"¿Dónde están?" Lloré. Mi voz hizo eco. "No podrían haber ido muy lejos".

“Oye, ¿Katie? ¿Amanda? Harrison llamó. Nos

detuvimos y escuchamos. Ninguna respuesta.

"Ellos son*siempre*¡haciéndome esto! Declaré con los dientes apretados. “¿Recuerdas cuando desaparecieron después del circo? Estaba muy preocupado. Tenía tanto miedo de que estuvieran perdidos o heridos o algo así. Los busqué y busqué. ¡Y estaban escondidos en las gradas, mirándome todo el tiempo!

“¿Katie? ¿Amanda? La voz de Harrison resonó por el largo y oscuro

pasillo.

Silencio.

“¿Por qué no tienen luces aquí atrás?” —preguntó Harrison. "Si esta es la puerta del escenario..."

“¡YAAAIIIIII!” Dejé escapar un grito cuando algo suave y áspero se envolvió alrededor de mi brazo.

Harrison se dio la vuelta. "Jillian... ¿qué pasa?" gritó.

Estreché mi mano con fuerza. Lo raspé con la otra mano.

“¡Una – una telaraña!” Me atraganté. “Qué asco. Tan grueso como una sábana”. Luché para sacármelo de encima. "Oh." Lancé un gemido bajo. Todo mi cuerpo hormigueaba y picaba.

"Esta no puede ser la entrada al escenario", murmuró Harrison. “¿Katie?

¿Amanda? Grité. "Probablemente se estén escondiendo", le dije a Harrison. "Voy a*matar*ellos esta vez. Realmente soy."

Harrison de repente me agarró del brazo. "Jillian - ¡agáchate!"

Bajé la cabeza. Más telarañas colgaban del techo. El túnel giró

hacia la derecha. Entramos en un baño de luz gris. Escuché voces más adelante.

"Ey - !" Llamé. “¿Katie? ¿Amanda? ¿Dónde estás?"

Escuché reír a una chica. Pero no parecía una de mis hermanas. "Creo que

los vestidores deben estar aquí", dijo Harrison. Pasamos por una puerta marcadaSOLO EQUIPO DE ESCENARIOy luego una puerta con la palabra

ACCESORIOSestarcido en la parte superior.

Escuché a una mujer gritar: "Date prisa".

Y entonces dos niños se rieron y cantaron parte de una canción.

Empezamos a correr. Sabía que nos estábamos acercando.

“¿Katie? ¿Amanda? Llamé. "¡Será mejor que no te escondas de mí!" El salón se dividió

en dos pasillos más estrechos. Harrison y yo nos detuvimos y miramos en ambas direcciones. El pasillo que conducía a la derecha estaba muy iluminado. Comencé a guiarme hacia allí, pero entonces escuché voces en el otro pasillo.

"Vamos a separarnos", dije. Señalé a la derecha. “Toma ese. Si los encuentras, arrástralos al frente del teatro. Nos vemos allí."

Entré trotando al pasillo de la izquierda. "¡No tomar prisioneros!" Escuché a Harrison llamar. Luego desapareció de la vista.

Pasé rápidamente por delante de puertas con nombres de estrellas escritos en ellas.*Estos deben ser los vestidores.*, me dije.

Reduje la velocidad cuando escuché voces más

adelante. "Tú*prometido*yo... —se quejó un hombre.

La luz salía de una puerta entreabierta. Me acerqué sigilosamente. “No puedes

hacer¡Eso para mí! continuó el hombre. Parecía muy enojado, muy frenético.

"¡Me estás soplando aire caliente!" respondió otra voz. Una voz estridente y metálica.*Slappy's*¡voz!

Me acerqué sigilosamente a la puerta entreabierta. Manteniéndome oculto, incliné la cabeza hacia adelante y miré dentro.

"¡Arruinaste todo!" Jimmy O'James lloró enojado. Sostuvo a Slappy en su brazo, tal como lo había hecho en el escenario. "Me has hecho daño de verdad. Lo digo en serio. Me lastimaste”.

"Su*rostro*¡me lastima!" —gruñó el muñeco.

*¿Que está pasando aqui?*Me preguntaba. Di un paso más cerca. Me incliné hacia la puerta.

Realmente parecían estar discutiendo. ¡Pero eso era imposible! ¿Por

qué diablos estaba haciendo esto el ventrílocuo?

Jimmy O'James tomó un largo trago de una botella de agua. "¡No puedo dejar que hagas esto!" farfulló. "Tengo que detenerlo... ahora".

El muñeco dejó escapar un gruñido bajo. "Detener*este*!" él gruñó. Y para mi sorpresa, el muñeco agitó el brazo... con fuerza. Su puño de madera golpeó la cara del ventrílocuo. Jimmy O'James retrocedió tambaleándose. Se agarró la nariz. La sangre le corría por la barbilla.

¿Eh? Me quedé boquiabierto de asombro. ¡El muñeco le había hecho sangrar la nariz! *Algo está mal aquí*, me dije. *Algo anda muy mal.*

Levanté los ojos y grité. Jimmy O'James estaba mirando la puerta. Él me vió.



Los ojos del ventrílocuo se desorbitaron.

El muñeco también se volvió. La boca de Slappy se abrió. Luego su cabeza cayó y todo su cuerpo colapsó.

Jimmy O'James dejó a Slappy sobre una mesa. Luego se volvió hacia mí. "No te vi allí", dijo. Sus ojos oscuros me estudiaron. Agarró un pañuelo de papel de la mesa y se secó la nariz sangrante.

"Él - él*golpear*¡tú!" Tartamudeé, señalando a Slappy.

"¿Eh?" El ventrílocuo miró a Slappy y luego sacudió la cabeza. "No. Él no me golpeó. Se deslizó de mi brazo y su mano me chocó. Eso es todo."

"Pero... pero te vi*discutiendo*!" Farfullé.

Jimmy O'James soltó una risita. "Sólo estaba ensayando. Sólo practicando. Esta noche haré otro show con Slappy". Se secó la nariz con el pañuelo.

Me sentí tan confundido. "Lo siento", dije. "Pensé..." "Es sólo un muñeco", dijo el ventrílocuo. "Él no está vivo".

Miré a Slappy, doblado sobre la mesa. Se veía bastante lindo en el escenario. Pero ahora podía ver su sonrisa torcida y pintada y sus ojos fríos y fijos. Aunque sonrió, su expresión parecía enojada, casi cruel.

"Realmente pensé que estabas peleando con él", le dije a Jimmy O'James.

Bajó el pañuelo y sonrió. "¡Supongo que eso me convierte en un gran ventrílocuo!" Su sonrisa se desvaneció. “¿Estás perdido o algo así?”

"Oh. No." De repente recordé por qué había regresado allí. “Mis hermanas se escaparon”, le dije. “Te estaban buscando. ¿Los has visto?"

Sacudió la cabeza. "No. Nadie."

"Será mejor que los encuentre", dije. "Perdón, te molesté". Me alejé de la puerta.

“No hay problema”, me gritó el ventrílocuo.

“No hay problema”, repitió una voz estridente y ronca, la voz de Slappy.

* * *

Encontré a los gemelos en una fuente de agua cerca de los baños en la parte trasera del vestíbulo. Corrí hacia ellos sin aliento. "¡Te he estado buscando por todas partes!" Lloré. "¿Qué estás haciendo aquí?"

“Darle de beber a Mary-Ellen”, respondió Katie. Ella y Amanda acercaron la muñeca grande a la fuente y le arrojaron agua en la cara.

"No deberías haber huido", lo regañé.

“¡No lo hicimos! ¡Nosotros caminamos!" Katie insistió. "Nos perdimos en un largo túnel y terminamos aquí".

Agarré a cada uno de ellos por un brazo. "Vamos. Vamos a casa."

"¡Pero Mary-Ellen sigue bebiendo!" Amanda lloró.

“Y no nos vamos a casa”, añadió Katie.

"¿Disculpe? ¿Qué quieres decir?" exigí.

"Prometiste que nos llevarías a tomar un helado", respondió Katie. Ella arrojó su cola de caballo sobre su hombro. "Prometiste."

"Está bien, está bien", murmuré. El vestíbulo estaba casi vacío. Las luces del techo estaban tenues. "¿Has visto a Harrison?" Yo pregunté.

"Estaba hablando con algunos chicos", informó Amanda. Se echó la muñeca grande al hombro. La cara de la muñeca estaba empapada.

“Probablemente conoció a algunos amigos”, dije. "Vamos. Vamos."

Los llevé al Dairy Queen de la esquina. Teníamos conos de chocolate y vainilla. También me hicieron comprar uno para Mary-Ellen.

Nos sentamos en una mesa en la esquina y fingieron dárselo. Hablaron con Mary-Ellen todo el tiempo y nunca me dijeron una palabra.

¿Entiendes por qué odio esa muñeca? Desde que papá trajo esa cosa fea a casa de una venta de garaje, los gemelos me han ignorado por completo. ¡Y usan el muñeco para volverme loca!

“A Mary-Ellen le gusta más el chocolate que la vainilla”, informó Katie. Gruñí.

“¿No podemos hablar de otra cosa? Realmente no me importa lo que le guste a Mary-Ellen”.

Me ignoraron y fingieron darle más helado. Miré mi reloj. ¡Todo el día fue en vano! Tenía un montón de deberes que hacer. Y quería llamar a algunos amigos para ver qué estaban haciendo esta noche.

Finalmente, terminaron sus conos. ¡Tenían más helado en la cara que en el estómago! ¡Mary-Ellen también! Se necesitó un paquete entero de servilletas para limpiarlas.

Luego prácticamente tuve que arrastrarlos a casa. Seguían deteniéndose y señalando casas, árboles y coches a Mary-Ellen. Tomó *horas*¡caminar cuatro cuadras!

Cuando llegamos a casa, quería destrozar esa muñeca. Destrozala y tira sus pedazos a la basura.

Las niñas se apresuraron a buscar a mamá. Me alegré mucho de alejarme de ellos. Caminé hacia la sala de estar.

Y se detuvo con un grito ahogado. ¡Slappy

estaba sentado en el sofá!



Dejé escapar un grito agudo.

"¿Cómo... cómo llegaste aquí?" Tartamudeé.

El muñeco me devolvió la mirada con esa sonrisa torcida y esos ojos fríos.

Luego se rió. Su risa comenzó suavemente y luego se hizo más fuerte. Jadeé.*esto no esta pasando*, me dije.

Harrison apareció desde detrás del sofá. Sus ojos oscuros brillaron alegremente. ¡Estaba sonriendo tan fuerte que pensé que se le rompería la cara!

"Jillian, ¿realmente pensaste que el muñeco se estaba riendo?" —preguntó Harrison.

"No. ¡Por supuesto que no!" Mentí.

"Entonces, ¿por qué hablaste con él?" -Preguntó Harrison.

Me acerqué al sofá. "¿De dónde sacaste esa cosa?" Lloré. "¿Qué esta haciendo él aquí?"

"Me siguió a casa". Harrison se rió. "No.

De verdad", insistí.

El muñeco me miró desde el sofá. De cerca, pude ver pequeñas grietas en su frente. Su cabello pintado estaba desconchado. Se habían desprendido trozos de pintura marrón rojiza.

Le faltaba un pequeño trozo de madera en el labio inferior. Su chaqueta deportiva estaba deshilachada. Faltaban dos botones.

“Qué asco. Es tan feo”, declaré. "¡Eres

Lindo Tambien!" Slappy respondió.

No. Harrison fingió ser Slappy.

"Basta", espeté. “No eres gracioso. Ahora responde mi pregunta. ¿Cómo llegó este muñeco hasta aquí?

Harrison se dejó caer en el brazo del sofá. Golpeó al muñeco y Slappy cayó a un lado.

“En el teatro conocí a algunos niños de la escuela”, comenzó Harrison. “Estaban trabajando en el equipo de escena. Ayudando entre bastidores en el espectáculo de ventrílocuo. No pude encontrar a tus hermanas. Así que estuve con ellos por un tiempo”.

"¿Entonces?" Yo pregunté. "¿Y que?" Siempre se necesita Harrison*años*para contar una historia de dos minutos!

Harrison cogió el brillante zapato negro del muñeco. Luego lo dejó caer sobre el sofá. “Te fui a buscar”, continuó. “Pero no pude encontrarte. Supongo que ya te habías ido”.

"Tuve que llevar a las chicas a tomar un helado". Suspiré.

“Así que hablé un poco más con mis amigos. Luego salí del teatro. Por la puerta trasera.

Cambió su peso sobre el brazo del sofá. “Me dirigí al frente. Había un montón de botes de basura al costado del teatro. La primera lata estaba abierta. Y allí estaba Slappy, tirado a la basura.

"¡Pero, Harrison, eso es imposible!" Lloré. “¿Por qué Jimmy O'James tiraría su chupete?”

Harrison se encogió de hombros. “Probablemente tenga muchos muñecos. Éste parece bastante viejo. Tal vez esté roto o algo así”.

"Sí. Quizás...”, dije. Me agaché

para examinarlo.

Y apretó con fuerza sus mandíbulas sobre mi mano.

"¡Déjalo ir!" Grité. "¡Déjalo ir! Harrison—¡ayúdame! ¡Él no me dejará ir!



Tiré de mi mano hacia atrás tan fuerte como pude. Pero las mandíbulas de madera se clavaron en mi piel.

"¡Ay! ¡Ayúdame!" Lloré.

Levanté mi mano libre y luché por bajar la barbilla del muñeco. Mi mano atrapada palpitaba de dolor.

"No*creer*¡este!" Gemí.

"¡Deja de tirar!" Ordenó Harrison. "Jillian, detente un momento". Se

acercó a mí y agarró la cara del muñeco con ambas manos. Luego abrió la boca, lo suficiente como para que yo pudiera sacar la mano.

"I*dijo*"Estaba destrozado", dijo Harrison.

Estreché mi mano, tratando de alejar el dolor. Tenía marcas de dientes de color morado oscuro donde el muñeco me había mordido.

"Guau. Eso fue*feroz*!" Declaré, examinando mi mano. "Creo que me sorprendió más que nada. ni siquiera lo hice*tocar*su boca." Estreché mi mano un poco más.

"Definitivamente está roto", repitió Harrison, mirando al muñeco. Él volvió a mirarlo sin comprender. Su boca pintada estaba ahora abierta de par en par.

"Cosiguele*afuera*¡de aquí!" Lloré. La piel del dorso de mi mano estaba roja y en carne viva. Todavía palpitaba de dolor. "Owww. ¡Eso duele! Usted tiene que tomar

Devuélvelo al ventrílocuo.

"¡De ninguna manera!" Harrison protestó. Agarró el muñeco con ambas manos. “Jimmy O'James lo tiró a la basura. Ya no lo quiere. Me lo quedaré”.

"Deberíamos preguntarle a Jimmy O'James si está bien", insistí. "Tal vez lo tiró por error".

"No sabemos dónde vive Jimmy", respondió Harrison.

Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta del muñeco. "Tal vez dejó una dirección o algo así".

Un trozo de papel amarillento salió volando del bolsillo y flotó hasta el sofá. Lo recogí y lo examiné.

“¿Es la dirección del ventrílocuo?” -Preguntó Harrison.

"No", le dije. "Es raro. Son algún tipo de palabras extranjeras”. Harrison

me miró entrecerrando los ojos. “¿Puedes leerlos?”

Empecé a leer las extrañas palabras en el pequeño trozo de papel: “'*karru marri odonna*— ’"

"Jillian, ¡hora de cenar!" La voz de mamá sonó desde el

comedor.

No terminé de leer las extrañas palabras. "Lo siento. Tengo que comer”, le dije a Harrison. Guardé el trozo de papel en el bolsillo de la chaqueta de Slappy.

"Vamos, Jillian, ¡antes de que haga frío!" Mamá llamó.

"¡Próximo!" Grité.

Harrison estaba alisando la pajarita de Slappy. Noté que tenía mucho cuidado de mantener las manos alejadas de la boca del muñeco.

"Oye, tengo una idea", dijo. “A tu papá le encantan los proyectos de reparación, ¿verdad? Si dejo a Slappy aquí, ¿crees que podría curarlo?

Miré fijamente al muñeco sonriente. "Tal vez", respondí. "Podría

preguntarle".

"¡Fresco! ¡Gracias Jillian!” Harrison dejó a Slappy en el sofá. Luego se apresuró a regresar a casa.

Entré al comedor y dejé escapar un grito de ira. "¡No otra vez!"

Los gemelos habían apoyado a Mary-Ellen en la silla a mi lado. Ambos se rieron. Sabían que odiaba tener que sentarme junto a esa muñeca grande y fea durante la cena.

"¿Tenemos que tener eso?*cosa*¿en la mesa?" Le pregunté a mamá y papá. Papá

se encogió de hombros. Estaba ocupado intentando sacarse una astilla de madera del pulgar. Se niega a usar guantes de trabajo en su taller. Así que constantemente recibe astillas.

"La muñeca no se interpondrá en tu camino", me dijo mamá. "Ella no está haciendo ningún

daño".

"Mary-Ellen no quiere sentarse al lado*tú*!" Katie declaró con una mueca de desprecio. "Porque tú*hedor*!"

"Katie, ¡basta!" Mamá lo regañó. "¿No te llevó tu hermana a un espectáculo hoy? Deberías ser amable con ella".

"El espectáculo también apestaba", murmuró Amanda.

"Come tus macarrones con queso antes de que se enfríen", dijo mamá. Vi que Mary-Ellen tenía su propio plato de macarrones. Mamá y papá son tan malos como los gemelos. ¿Por qué siempre tienen que ceder ante cualquier cosa que Katie y Amanda quieran?

Todos empezamos a comer. Le pregunté a papá si podía arreglar el muñeco de Harrison. Papá dijo que le echaría un vistazo cuando terminara la mesa de café que estaba construyendo.

Mamá les preguntó a los gemelos sobre el espectáculo de los ventrílocuos. Pero la ignoraron. Estaban ocupados conversando con Mary-Ellen.

Cuando les pedí que me pasaran la sal, también me ignoraron. Siguieron hablando con esa muñeca.

Suspiré y me volví hacia mamá. "¿No puedes evitar que hablen con esa muñeca todo el tiempo? ¡Me está volviendo loco!

"¡Habla con tu lagarto!" Katie acusó. "Hablas con ese asqueroso lagarto todo el tiempo".

"¡Y Mary-Ellen es más amable que un lagarto!" Amanda

declaró. "*¡Solo quería que le pasaras la sal!*" Grité.

Katie se tapó las orejas con las manos. "Deja de gritar", se quejó. "A Mary-Ellen no le gusta gritar".

"Eso lastimó los oídos de Mary-Ellen", añadió Amanda.

"Discúlpate con Mary-Ellen, Jillian".

"Sí. Discúlpate con Mary-Ellen", insistió Katie.

"¡AAAAAAGGGH!"

No pude soportarlo más. Dejé escapar un grito. Luego agarré la gran cabeza de Mary-Ellen y la metí en su plato de macarrones.

* * *

Después de cenar, llevé a Slappy a mi habitación y me senté en mi escritorio para hacer algunos deberes. Pero no podía concentrarme. Sentí los ojos oscuros y fríos del muñeco sobre mí. Y seguí mirando su sonrisa torcida.

Finalmente, giré el muñeco para que quedara de cara a la pared. Eso ayudó un poco. Hice un poco de trabajo. Luego llamé a algunos amigos y charlamos un rato. Después me fui a dormir.

Pero no pude dormir. Seguí pensando en los gemelos en la cena y en lo furiosa que me habían puesto. Me volvieron loco con esa muñeca. Entonces mamá y papá le gritaron*a mí*por perder los estribos.

¿Fue eso justo?*No me parece.*

Es hora de vengarse, Decidí.*Es hora de una pequeña venganza*.

¿Cuántas noches me puse a dormir intentando idear un buen plan de venganza?

Me senté.*Esta noche tengo que hacer algo.*, me dije. De repente tuve una idea. Me hizo reír para mis adentros.

Katie y Amanda siempre dejan sus zapatillas junto a la puerta principal. Se los ponen cuando van a la escuela por la mañana.

Voy a bajar sigilosamente y hacer nudos enormes con sus cordones, decidí. Me reí de nuevo. Soy muy bueno haciendo nudos. Planeé hacer tantos nudos que nunca los soltarían. ¡Tendrían que cortar los cordones con unas tijeras!

Sé que sé. No fue el plan más inteligente de la historia. Y no fue mucha venganza por todas las cosas que me habían hecho.

Pero fue un comienzo.

Me levanté y me arreglé el camisón. Luego bajé las escaleras en la oscuridad para hacer mi pequeño truco.

Me detuve a mitad de las escaleras. Escuché un golpe suave. Un sonido chirriante. El chirrido de las tablas del suelo.

*¿Quién está abajo?*Me preguntaba.*¿Mamá y papá todavía están despiertos?*

Me aparté el pelo de la frente. Agarrándome a la barandilla, recorrí el resto del camino.

Nuevamente escuché los suaves golpes de pasos y el chirrido del piso de la sala.

"¿Quién está ahí?" Susurré. “¿Quién está aquí abajo?”

Entrecerré los ojos hacia la oscura sala de estar.

Y vi dos ojos mirándome. Mirando fijamente sin moverse, sin parpadear.

"¿Quién está ahí?" Repetí, las palabras se atascaron en mi garganta. Ninguna respuesta.

Mi mano buscó a tientas la pared hasta que encontré el interruptor de la luz. Hice clic en la luz del techo.

Y vio a Slappy sentado en un sillón, con las piernas cruzadas. Tenía las manos juntas sobre el regazo.

"¿Eh?" Mi boca se abrió mientras lo miraba al otro lado de la habitación. Y luego gruñó,*“¡Vuelve a dormir!"*



“¡Nooo!” Dejé escapar un gemido bajo y me llevé las manos a la boca.

¡El muñeco habló!

Mi corazón latió con fuerza. La habitación aparecía y se desenfocaba. El muñeco me miró fríamente desde su silla.

Y luego escuché unas risitas. Y un crujido detrás del sillón. "Voy a *matar*¡ambos!" Lloré, mi voz aún temblorosa. Katie y Amanda salieron de detrás de la silla. Se reían, se felicitaban y se chocaban los cinco.

"Ja ja. Entonces me engañaste. Gran cosa”, dije, poniendo los ojos en blanco. "¡Te matamos del susto!" Declaró Katie.

"¡Realmente pensaste que el muñeco hablaba!" Amanda intervino. "Tal vez lo hice y tal vez no", fruncí el ceño. “No fue muy agradable. ¿Cúal es la gran idea?"

"Mary-Ellen nos dijo que te asustáramos", respondió Katie.

"Le metiste macarrones en la cara a Mary-Ellen y ahora ella te odia", declaró Amanda.

"Bueno, ¡yo también la odio!" Lloré. "¡La odio! ¡La odio! ¡La odio!"

Supongo que lo perdí por completo. Las sonrisas de las chicas se desvanecieron. De repente parecieron asustados. Les gusta gastarme bromas. Pero se asustan cuando me pongo completamente furioso.

"Jillian, ¿podemos decirte algo?" Katie preguntó en voz baja.

"Es importante", añadió Amanda, con expresión solemne ahora. "¡No!"

Lloré. "¡De ninguna manera! ¡No más trucos!

Agarré a Slappy por la cintura y lo saqué del sillón. La gran cabeza de madera

del muñeco cayó hacia atrás. Sus ojos me miraron. Los ojos de repente parecieron tan reales. Como si realmente me vieran.

Tan real y tan fría.

Los labios rojos y torcidos me sonrieron.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda. ¿Estaba sonriendo así antes? ¿Por

qué la expresión de repente parecía tan*¿demonio?*

"¿Por favor? ¿Podemos decirte algo? Katie suplicó en voz baja. "No

tomará mucho tiempo", dijo Amanda.

"No. Ya he tenido suficientes trucos por hoy", espeté. "Acostarse - ahora."

Me di la vuelta y subí corriendo escaleras arriba, arrastrando al muñeco conmigo.

"Por favor - ?" Amanda llamó.

"Por favor - ?" repitió Katie.

Lástima que no los escuché.



El lunes, en la escuela, Harrison vino corriendo hacia mí en el comedor. “¿Tu papá arregló a Slappy?” el demando.

"Tienes mantequilla de maní en la barbilla", le dije.

Lo secó con la mano. Luego se lamió los dedos.

"Asqueroso", me quejé. "¿Por qué estás haciendo eso?"

Él se encogió de hombros. "Me gusta la mantequilla de maní". Me siguió hasta una mesa. Dejé mi bandeja. Harrison se dejó caer frente a mí. “¿Tu papá arregló el muñeco?”

"Todavía no", le dije. “Él quiere terminar su mesa primero. Entonces llegará al muñeco”. Suspiré. "Slappy ya me está causando problemas".

Harrison se rascó el pelo oscuro. Rompió un trozo de mi galleta con chispas de chocolate y se lo metió en la boca. "¿Que tipo de problema?"

“Los gemelos ya lo están usando para jugarme malas pasadas”, le dije. Tenía

dos porciones de pizza en mi bandeja. Harrison tomó una rebanada y empezó a masticar.

"Sírvete tú mismo", dije sarcásticamente.

"Tus hermanas son malvadas", dijo, mordiendo un trozo de corteza. Puse

los ojos en blanco. "Cuéntame sobre eso."

"He estado pensando en tu venganza", dijo, con los ojos iluminados. "Sabes. Deberíamos hacerle algo a esa muñeca grande y fea que llevan consigo. ¿Cómo se llama? ¿Maria Margarita?

"Mary-Ellen", dije. Agarré el otro trozo antes de que él pudiera tomar ese también.

"Podríamos quitarle la cabeza a la muñeca", continuó Harrison. Hizo movimientos giratorios con ambas manos. “Y llenarlo de gusanos. Luego cóselo de nuevo”.

"No es lo suficientemente asqueroso", respondí. "Me gustaría untar esa muñeca con queso y dársela a un montón de ratas".

"¡Eso es muy amable!" Harrison se rió. “¿Y si llenamos el muñeco de agua? ¿O cortarle todo el pelo andrajoso y decirles a los gemelos que acaba de quedarse calva?

"No es lo suficientemente malo", dije.

Harrison terminó la porción de pizza. "¿Esto es todo lo que comiste para el almuerzo?" el demando. "Todavía tengo hambre."

Todavía estaba pensando en cosas crueles que hacerle a Mary-Ellen. Pero decidí cambiar de tema. "Harrison, ¿recuerdas adónde vamos después de la escuela?"

Su boca se abrió. "¿Tú y yo?"

Asenti. “Vamos a la tienda de magia, ¿recuerdas? Vamos a comprar algunos trucos de magia para usar en nuestro número de payasos el sábado por la noche”.

Hizo una cara de disgusto. "Sí. Claro —murmuró, apoyando la barbilla en la mano. "Nuestro acto de payaso".

"¡Prometiste!" Lloré. "Es mi primera fiesta de cumpleaños y prometiste que ayudarías".

"Realmente no quiero ser un payaso", se quejó. "No creo que sea gracioso".

"Eres gracioso", le dije. "Apariencia divertida."

Él no sonrió. "¿Es ese uno de los chistes que vas a usar en la fiesta?" preguntó con tristeza.

"Tenemos que practicar", dije. “Así que seremos divertidos. Compraremos un montón de trucos divertidos en la tienda. A los niños les gustará eso”.

Harrison suspiró. “¿Recuérdame por qué estoy haciendo esto?” "Porque eres mi amigo", respondí.

"No. cual es el*real*¿razón?" el demando.

"Porque la señora Henly me paga treinta dólares y yo te doy la mitad".

"Oh. Bien", dijo Harrison, chasqueando los dedos. "Ahora recuerdo."

* * *

Después de la escuela, íbamos en bicicleta a la tienda de magia. Es una pequeña tienda que también vende cómics, tarjetas de felicitación y camisetas.

Harrison y yo apoyamos nuestras bicicletas contra la pared al costado del edificio. Sobre nosotros, un cartel rojo y amarillo proclamaba:EL LUGAR MÁGICO.

Pesadas nubes grises cubrían el sol. Una sombra oscura nos cubrió cuando emprendimos la vuelta hacia el frente.

"¡Espera!" Harrison se detuvo y se agachó para atarse uno de los cordones de su zapato.

Doblé la esquina y jadeé. ¡El ventrílocuo! ¡Jimmy O'James!

Lo reconocí al instante con su camisa negra de cuello alto y jeans negros. Llevaba unLUGAR MÁGICObolsa de la compra. Estaba a dos o tres tiendas de distancia, dirigiéndose al estacionamiento.

"Ey - !" Llamé. "¡Hola!" Lo saludé frenéticamente. Se giró y me miró entrecerrando los ojos.

"¡Tenemos tu muñeco!" Grité. "¡Tenemos a Slappy!"

La expresión del ventrílocuo cambió. Vi su boca abrirse y sus ojos abrirse como platos. "¡Deshacerse de él! ¡Por favor!" gritó. "¡Deshazte de él antes de que sea demasiado tarde!"



"¿Eh? ¿Qué quieres decir?" Lloré.

"¿Jillian—?" Harrison llegó trotando por el costado del edificio. Me volví hacia él. "¡Es el ventrílocuo!" Le dije. "¡Él está aquí! Él - "

Harrison miró más allá de mí. "¿Dónde?"

Me volví. El ventrílocuo había desaparecido.

"Se ha ido", murmuré, sacudiendo la cabeza. "Le dije que teníamos a Slappy. Y dijo que nos deshiciésemos de él. Deshazte de él antes de que sea demasiado tarde".

Harrison torció el rostro. "¿Que se supone que significa eso? ¿Cuál es su problema?"

Me encogí de hombros. "¿Cómo debería saberlo?"

"Es raro", dijo Harrison. "Él no te dijo que lo devolvieras, ¿verdad?"

"Bueno... no", respondí.

"Bien. Lo mantendremos". Harrison abrió la puerta de la tienda. Ambos intentamos entrar al mismo tiempo y nos apiñamos en la puerta.

"Siempre es un acto de comedia", murmuré.

Harrison sonrió. "Tal vez deberíamos hacer eso con nuestros disfraces de payaso el sábado por la noche. Sabes. ¿Quedarse atrapado en una puerta?

"Sigue pensando", le dije.

La tienda estaba vacía excepto por un par de niños hojeando una pila de cómics viejos. Los trucos de magia estaban atrás.

Harrison y yo nos dirigimos a los estantes de trucos y miramos el cajas.EL DÓLAR QUE DESAPARECE. EL PAÑUELO SIN FIN. LOS VIVOS

SOMBRERO DE COPA.

"Estos son verdaderos trucos de mago", dijo Harrison, tomando una caja. "Estos no son juguetes para niños".

"Lo sé", respondí. "Queremos ser profesionales, ¿no es así? Queremos impresionar a los niños".

"Pero tal vez sean demasiado difíciles". Harrison chasqueó los dedos. "¿Sabes qué sería mejor? Animales con globos. Podríamos hacer un animal con globo para cada niño".

Le fruncí el ceño. "¿Sabemos cómo hacer animales con globos?" "Bueno no exactamente."

"Creo que la magia probablemente sea más fácil", dije. "Además, los animales con globos son un poco infantiles".

"¿Cuántos años tienen estos niños?" -Preguntó Harrison.

"Cuatro", respondí. Cogí una caja:JUGANDO A LAS TARJETAS."Esto parece divertido", dije, mostrándoselo a Harrison. "Podríamos fingir que jugamos un juego de cartas y arrojarnos chorros en la cara. A los niños les gustaría eso".

"¿Que tal este?" Sacó otra caja del estante.REALISTA GUILLOTINA."El niño mete la cabeza debajo de la hoja y..."

"No me parece." Saqué un truco del estante inferior.AZOTADO CREMA SORPRESA."Esto podría ser bueno", dije. "Lo rellenas con crema batida. Parece un pastel. Pero cuando alguien se inclina cerca de él, aprietas esta bomba y le arroja crema batida en la cara".

Harrison se rió. "Haremos un acto de chorros. Hacer chorros siempre es divertido".

"Especialmente a los niños de cuatro años", agregué.

Compramos las tarjetas de squirting, el pastel de squirting y algunos trucos más. Pude ver que Harrison tenía una actitud mucho mejor. el estaba empezando

entusiasmarse por actuar en la fiesta.

Quizás seamos buenos, pensé.*Quizás esta fiesta sea solo el comienzo. Quizás nos convirtamos en los payasos de fiestas de cumpleaños más populares de la ciudad. ¡Quizás nos convirtamos en payasos RICOS de fiestas de cumpleaños!*

Até la bolsa de compras llena de trucos de magia sobre mi manillar. Y los dos volvimos a casa, hablando entusiasmados sobre nuestro número de payasos.

Estaba de muy buen humor. Hasta que entré a la casa. Hasta que subí la bolsa a mi habitación. Entré a mi dormitorio.

Y dejó escapar un grito de sorpresa.

La bolsa de trucos se me cayó de la mano. Las cajas rebotaron por el suelo. Me quedé mirando a Slappy. Estaba sentado en la mesa al lado de mi jaula de cristal para lagartos.

La tapa de cristal yacía en el suelo, partida por la mitad.

Slappy se inclinó sobre la jaula abierta. Su cabeza estaba vuelta hacia mí. Tenía la boca abierta en una sonrisa cruel y burlona.

Tenía ambas manos dentro de la jaula, como si estuviera alcanzando a Petey.

Y Petey...

¿Donde estuvo el?

¿Dónde estaba mi lagarto?

"*¿Qué has hecho con Petey?*" Grité.



Inclinado sobre la jaula de cristal vacía, el muñeco me sonrió al otro lado de la habitación. Me dejé caer sobre manos y rodillas y comencé a buscar frenéticamente al lagarto. Me arrastré de un extremo a otro de la habitación, mirando debajo del escritorio, debajo de mi silla, en el armario. Levanté la colcha y busqué debajo de la cama.

"¿Petey? ¿Petey...? No

hay señales de él.

Me puse de pie y giré hacia la puerta del dormitorio. Estaba completamente abierta cuando llegué. ¿El lagarto entró al pasillo?

Salí al pasillo. Busqué arriba y abajo. Ningún

lagarto.

Escuché voces y música al final del pasillo. La televisión estaba encendida en la habitación de los gemelos. Abrí la puerta de golpe. Katie y Amanda estaban sentadas en el suelo con Mary-Ellen entre ellas. Viendo una caricatura.

"*¿Dónde está?*" Grité. "¿Qué hiciste con él?"

Se dieron vuelta y soltaron gritos de sorpresa. Mary-Ellen cayó de costado.

"¿Qué ocurre?" Preguntó Katie, poniéndose de pie de un salto.

"Tú*saben*¡qué ocurre!" Grité. "¿Dónde está Petey? ¿Dónde?"

Agarré a Katie por los hombros y comencé a sacudirla.

"¡Para! ¡Para!" Amanda intentó alejarme. “¡No tocamos a Petey! Jillian… ¡basta!

"¡Si lo hiciste!" Lloré. “¡Ustedes, pequeños mocosos, van a pagar por esto!”

"¿Qué está sucediendo?" La voz de papá resonó por encima del ruido del televisor. Todavía llevaba su abrigo y llevaba su maletín. Acababa de llegar del trabajo. "Jillian, ¿cuál es el problema?"

“¡Otro de sus malos trucos!” Grité, soltando a Katie. “Esta vez, ellos*delicado*¡Mi lagarto!

"¿Eh?" Su rostro se llenó de sorpresa. "¿Lo mató?"

"¡No lo hicimos!" Katie y Amanda lloraron al unísono.

"¡No tocamos su lagarto!" Amanda insistió.

"¡De verdad, papá!" añadió Katie. "¡Está loca! ¡Ay! ¡Me lastimó los brazos! Katie se frotó los hombros e hizo un puchero.

"¡Haré cosas peores que eso!" Lo amenacé. "Mira, papá".

Lo arrastré a mi habitación y le mostré a Slappy y la jaula abierta y vacía. Las chicas entraron corriendo. Fingieron que no habían visto nada de esto antes.

“Busqué a Petey por todas partes”, le dije a papá. “Hemos*consiguió*para encontrarlo! No puede vivir mucho tiempo sin comida ni agua”.

Papá sacudió la cabeza con tristeza. Dejó caer su maletín sobre mi cama y se volvió hacia los gemelos. “Esta vez realmente fueron demasiado lejos”, les dijo.

“*¡Pero no lo hicimos!*—protestó Katie.

“¡No lo hicimos! ¡No lo hicimos! ¡No lo hicimos! Amanda cantó.

“Bueno, el muñeco no lo hizo”, les dijo papá con severidad. “No quiero más mentiras, chicas. Decimos la verdad en esta casa. Lo digo en serio."

Papá se volvió hacia mí. “Petey tiene que estar en algún lugar de la casa, Jillian. Es lento. No podría haber llegado muy lejos. Todos iremos a buscarlo. Lo encontraremos antes de que muera de hambre”.

“¿Pero qué pasa si se mete en un radiador o algo así?” Lloré. “¿Qué pasa si no podemos encontrarlo?”

Antes de que papá pudiera responder, mamá irrumpió en la habitación. "¿Qué es todo este alboroto?" exigió. Su boca se abrió cuando vio

Slappy se encaramó sobre la jaula abierta.

"¡No lo hicimos!" Katie chilló antes de que mamá tuviera la oportunidad de acusar.
su.

"¡No lo hicimos!" Amanda insistió. "¿Está
bien el lagarto?" Preguntó mamá. "No lo
sabemos. ¡El se fue!" Lloré.

Mamá negó con la cabeza hacia los gemelos. "Esta vez habéis hecho algo realmente terrible, chicas".

"¿Por qué nadie nos cree?" —gritó Katie.

Papá puso una mano firme sobre los hombros de cada uno de los gemelos. "Basta de hablar. Podemos discutir esto más tarde. Ahora tomemos cada uno una habitación diferente y busquemos".

Katie se cruzó de brazos frente a su pecho e hizo un puchero. "No buscaré hasta que digas que nos crees a Amanda y a mí", declaró.

"¡No!" Papá respondió bruscamente. "Nosotros*no*Te creo, Katie. No hay manera de que un muñeco pueda subirse a una mesa por sí solo y... y... oh,*No*!"

Todos lo vimos.

Todos vimos a Slappy comenzar a moverse.

Vimos su cabeza inclinarse hacia atrás. Y luego vimos su boca abierta.

Los cinco nos quedamos helados y miramos en shock cómo el muñeco se movía solo.



"Vaya". Agarré el brazo de papá. Los gemelos lanzaron gritos de miedo.

La cabeza de Slappy se inclinó. Su boca se abrió más. Y

Petey asomó entre los labios del muñeco.

"¿Eh?" Dejé escapar un grito ahogado. Solté el brazo de papá y salí corriendo por la habitación.

El lagarto deslizó sus patas delanteras sobre la barbilla de Slappy. Su cabeza se movía de un lado a otro, como si estuviera mirando alrededor de la habitación.

"Petey, ¿cómo llegaste allí?" Lloré.

Saqué suavemente el resto del lagarto del muñeco. Slappy cayó pesadamente de la mesa y aterrizó en el suelo a mis pies. Acuné a Petey tiernamente en mis manos y me volví hacia mamá y papá.

"Él está bien", informé.

Mis padres todavía estaban congelados por el shock. Finalmente, mamá abrió los labios y dejó escapar una larga bocanada de aire. “Waaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa. Me alegro de que haya terminado”.

Papá se rió y se rascó la calva. "¡Realmente pensé que el muñeco se estaba moviendo!" el exclamó. “¡Qué susto!”

Los gemelos estaban acurrucados junto a mi cama. "No lo hicimos", dijo Amanda en voz baja. "De verdad, Jillian."

"De*curso*Tú lo hiciste”, espetó mamá. Presionó sus manos contra su cintura y los miró con enojo. “No hay nadie más en esta casa. Yo no lo hice. Y tu padre no lo hizo. ¿Entonces, quién deja eso?"

"Pero... pero..." ambas chicas farfullaron.

"¡Pero no intentaríamos matar a un animal vivo!" Katie finalmente se atragantó.

Mamá negó con la cabeza. “Esto fue algo terrible. No es una broma. Quiero que los dos vayan a buscar a Mary-Ellen”, ordenó mamá. "Guarda la muñeca en tu armario".

"Pero, mamá..." comenzó Katie.

“Pon la muñeca en el armario”, repitió mamá con severidad. "No puedes volver a sacarla a relucir hasta que digas la verdad sobre lo que hiciste y te disculpes con Jillian".

“Pero Mary-Ellen no lo hará.*como*¡En el armario! —protestó Katie.

"No podemos encerrarla", insistió Amanda. "¡No podemos!"

Mamá se limitó a mirarla fijamente en respuesta. Ella se volvió hacia mí. “Jillian, ve a guardar a Mary-Ellen en su armario. Ahora."

Las chicas continuaron protestando.

Dejé a Petey con cuidado en la jaula de cristal. Parecía perfectamente bien. Creo que probablemente disfrutó de su emocionante aventura.

La tapa de la jaula estaba rota. Pero todavía cabía sobre la parte superior de la jaula. Me aseguré de que estuviera bien apretado.

Luego me dirigí a la habitación de los gemelos. Mary-Ellen estaba sentada en el suelo frente al televisor. Cargué la muñeca grande sobre mi hombro y me dirigí al armario.

"¡No! ¡Por favor!"

Katie y Amanda irrumpieron frente a mí. "¡Por favor, no la pongas ahí!" "Mamá dijo", respondí en voz baja. Dejé la muñeca en el estante superior donde las niñas no pudieran alcanzarla. Luego cerré la puerta del armario. “Si quieren recuperarla, digan la verdad”, les ordené.

Me apresuré a regresar a mi habitación y cerré la puerta. Petey se movía dentro de la jaula. Volver a la normalidad.

Sacudí la cabeza, pensando en Katie y Amanda. Siempre estaban haciéndome malas pasadas. Definitivamente ambos tenían una vena cruel.

El corte de pelo en medio de la noche fue bastante malo. Pero esto fue aún peor.

*Venganza.*La palabra irrumpió en mi mente. Había estado planeando durante mucho tiempo devolverles el dinero por todos sus crueles trucos.

Ahora era el momento. ¿Pero qué podría hacer? ¿Cuál sería la venganza perfecta?

Intenté imaginármelos entrando a hurtadillas en mi habitación. Sacando a Petey de su jaula. Apoyando a Slappy sobre la jaula. Y meter el lagarto en la boca del muñeco.

Difícil de creer ...

Y entonces otra imagen vino a mi mente.

Me imaginé de pie en el pasillo oscuro del Little Theatre, frente al camerino de Jimmy O'James. Ver al ventrílocuo discutir con el muñeco.

Y una vez más me imaginé a Slappy balanceando el brazo y golpeando con el puño la nariz del ventrílocuo.

Imposible, me dije.*eso no sucedió*.

Miré a Slappy, todavía tirado en el suelo de mi habitación. Sus ojos oscuros me miraron fijamente.

Sentí un escalofrío.

“Yo también te voy a encerrar a ti”, le dije.

Me agaché para levantar el muñeco y, una vez más, sus mandíbulas cayeron sobre mi mano.

"¡Ay!" Dejé escapar un grito. Y luché por soltar mi mano. *el no me esta mordiendo*, me dije. *Las mandíbulas simplemente están atascadas. Simplemente estancado...*



Me di una palmada en las rodillas de mi disfraz holgado de lunares y me reí. "Te ves *impresionante*!”

Harrison me gruñó. Se rascó la bola de pelo rojo en la parte superior de su calva. Su cara era blanca excepto por la gran boca pintada de rojo que iba de una gran oreja de goma a la otra. Sus ojos también estaban rodeados por enormes círculos rojos.

"Nunca te perdonaré por esto, Jillian", dijo. El volante azul alrededor de su cuello se movía hacia arriba y hacia abajo mientras caminábamos. "Sólo espero que no nos encontremos con ningún niño que conozcamos".

Nos abrimos camino por el camino de grava de los Henly, arrastrando nuestra bolsa de trucos con nosotros. Yo era el payaso feliz y Harrison era el payaso triste. Mamá y papá habían trabajado durante días en los disfraces.

Papá quería construir brazos mecánicos que salieran de nuestros costados. Mamá lo convenció de que no podríamos movernos en absoluto con maquinaria pesada debajo de nuestros disfraces.

Cuando llegamos a la entrada principal, mi estómago comenzó a revolotear. Podía escuchar a los niños gritando y riendo dentro de la casa.

Levanté el dedo hacia el timbre. "Espero que les gustemos", le murmuré a Harrison.

“¡Si no lo hacen, les daré algunas inyecciones con esto!” Harrison proclamó. Sacó la gran bocina que le había regalado papá. La bocina era

lo suficientemente fuerte como para hacer estallar aviones en el cielo. No sé por qué papá pensó que lo necesitábamos.

Toqué el timbre de nuevo. De nuevo.

Los niños hacían tal alboroto dentro que nadie podía oír el timbre.

“Esto los atrapará”, declaró Harrison. Presionó el gatillo de la bocina. El estallido de ruido casi me hace caer del porche.

La puerta principal se abrió. La señora Henly nos sonrió. "¡Han llegado los payasos!" ella anunció.

Es una mujer alegre y de rostro redondo. Se había recogido el cabello rubio blanco en la parte superior de la cabeza, pero varios mechones caían sobre su frente. Se secó el sudor de la barbilla.

“Niños de cuatro años”, dijo, suspirando. “Espero que ustedes dos puedan calmarlos. ¡Se están volviendo locos!

La señora Henly nos condujo a la sala de estar. Vi a varios otros padres acurrucados en una pequeña sala de estar.

Harrison y yo nos detuvimos en la puerta y miramos a unos veinte niños pequeños que corrían por la habitación, saltaban en el sofá, rebotaban en las paredes, se golpeaban con rollos de envoltorios de regalos y se lanzaban juguetes de peluche.

La señora Henly se tapó la boca con las manos. "¡Los payasos están aquí!" ella gritó. "Todos se sientan para el espectáculo de payasos".

Nos llevó mucho tiempo, pero finalmente conseguimos que todos se sentaran en el suelo. Algunos de ellos todavía se golpeaban y dos niños luchaban en el sofá. Pero estaban lo suficientemente callados como para que pudiéramos comenzar nuestro espectáculo.

“¡Yo soy Zippy y él es Zappy!” Anuncié. “¡Vamos a hacerte reír! ¡Primero, haremos una reverencia!

Harrison y yo hicimos profundas reverencias y nos rompimos la cabeza, tal como habíamos practicado.

Esperé a que los niños se rieran. Pero no lo hicieron.

Harrison y yo volvimos a rompernos la cabeza, por si se lo habían perdido. Esta vez, Harrison se inclinó demasiado rápido y*en realidad*cabezas rotas!

Los niños nos miraron en silencio. "¿Cuándo tendremos pastel?" preguntó una chica pelirroja.

“Sshhh. ¡Mira el programa! Ordenó la señora Henly.

"Es *mi* ¡cumpleaños! ¡Quiero pastel!" gritó la pelirroja. "Zappy y yo vamos a contarte algunos chistes divertidos", anuncié. "¡TOC Toc!" Grité y golpeé la cabeza blanca de Harrison.

Pensé que los niños pequeños se reirían de risa cuando le golpeé la cabeza. Pero nos miraron en silencio.

"¡TOC Toc!" Repetí, llamándolo de nuevo. "¿Quién está ahí?" preguntó.

"¡Harry!"

"¿Harry quién?"

"¡Harry, levántate y abre la puerta!"

Silencio. Un silencio frío.

Varios niños empezaron a susurrar entre ellos. Dos chicas cerca del sofá comenzaron una pelea de empujones.

"No entienden los chistes", susurró Harrison. "Son demasiado jóvenes". Señaló la bolsa. "Empieza los trucos".

"Bueno. Buena idea." Saqué las tarjetas de chorros. Sabía que esto los haría reír.

Harrison y yo habíamos practicado y practicado nuestro juego de cartas. Cada vez que elegíamos una carta, nos chorreábamos en la cara.

"Se van a volver locos con esto", susurré. "¡Juguemos a las cartas, Zappy!" Anuncié en voz alta. “¿A ustedes, niños, les gusta jugar a las cartas?”

"¡No!" respondió la cumpleañera. Varios niños se rieron. La primera risa que escuchamos en toda la tarde.

"¡Déjame cortar la cubierta!" Declaró Harrison. Sacó un enorme cuchillo de carnicero.

"¡Guarda ese cuchillo!" La señora Henly chilló. Un niño pequeño cerca de la chimenea empezó a llorar.

"Lo siento. Sólo una broma”, tragó Harrison. Metió el cuchillo en la bolsa.

"Eres un muy mal jugador de cartas, Zappy", le dije, entregándole una carta. "¡Cuando se trata de cartas, estás todo mojado!"

Apreté la bomba escondida en el bolsillo de mi disfraz. La tarjeta no salió disparada. Lo apreté de nuevo.

No hay agua. Nada.

"Bueno, ¡aquí tienes una tarjeta!" —gritó Harrison. Sostuvo la tarjeta hacia mi cara. Pude verlo apretando el zapato escondido en su disfraz.

Pero la tarjeta no salió disparada.

Los niños empezaron a inquietarse. Dos chicas comenzaron a perseguirse por el sofá. Tres niños empezaron a luchar.

“¿Llenaste las tarjetas con agua?” —susurró Harrison. "¿A mí?" Lloré. “*Tú*¡Se suponía que íbamos a llenarlos! "No.*Tú*"Lo eran, Jillian".

“¿Es hora de comer pastel?*ahora*?” exigió la cumpleañera. "¡Estos payasos son tontos!" —se quejó el chico a su lado. “Apestan”, refunfuñó un niño con la cabeza enterrada entre las manos. "¡Dales una oportunidad!" La señora Henly lo regañó.

De repente mi estómago se sintió pesado como una roca. Me temblaban las rodillas. Sabía que me estaba quitando el maquillaje sudando.

Estábamos bombardeando. No los habíamos hecho reír ni una sola vez. "Ellos*odiar*¡a nosotros!" Le susurré a Harrison.

Hizo un gesto salvaje hacia la bolsa. “Consigue el siguiente truco. ¡Apurarse!"

Saqué el pastel de crema batida. Me temblaban las manos cuando lo desenvolví.

"No es hora del pastel de cumpleaños", anuncié. “Pero ¿a quién le gustaría probar algo de cumpleaños?*tarta*?”

“¡YAAAY!” Varios niños aplaudieron. Varios saltaron arriba y abajo, levantando las manos.

"Este es un pastel delicioso", les dije.

"¿Que tipo?" —exigió una chica de cabello oscuro con aspecto de puchero. “¿Es manzana? Odio la manzana”.

"¡Es un pastel de crema batida!" Le dije. "Necesito dos voluntarios para intentarlo. ¿Quién quiere probar una tarta de cumpleaños?

Dejé el pastel truco en la mesa de café. Luego llamé a un niño y a una niña al frente.

Harrison y yo no planeábamos rociar a los niños con crema batida. Planeamos dejarles oler el pastel. Luego Harrison y yo nos inclinábamos sobre el pastel. Luego, Harrison y yo nos agachábamos sobre el pastel para olerlo, ¡y a ambos nos daba crema batida en la cara!

Éste no habíamos podido practicar porque hubo que añadir la nata montada en el último momento. Pero sabíamos que*tenía*para hacer reír mucho con este.

"Adelante. Huele el pastel", insté al niño y a la niña. Eran realmente lindos. No querían acercarse demasiado. "¿Nos lo vas a echar en cara?" preguntó la niña. "¿Zappy y yo haríamos algo así?" Lloré. "Adelante. solo huele él."

Lentamente, se inclinaron para oler el pastel.

Y grandes gotas húmedas de crema batida se dispararon y les salpicaron la cara.

"¡Ups!" —gritó Harrison.

Por toda la habitación, los niños jadearon de sorpresa. Algunos empezaron a reír. Pero el niño y la niña soltaron gritos ensordecedores.

"¡Mis ojos! ¡Mis ojos! ¡Me está quemando los ojos! el niño gimió. Se abofeteó frenéticamente la cara, luchando por limpiar la crema batida.

"¡Me está quemando!" la niña lloró. Ella empezó a sollozar. "¡Hazlo parar! ¡Me está quemando la piel!

La señora Henly se apresuró a llegar. Varios otros padres salieron corriendo del estudio. Muchos niños lloraban. El niño y la niña gritaban a todo pulmón.

La señora Henly me miró furiosa. "¿Qué les has hecho?" Ella chasqueó.

"Debe haber algún problema con el truco", le expliqué sin convicción. Arrastró a los niños al baño para lavarse la cara.

Los otros padres lucharon por calmar a los niños que lloraban. Mi corazón estaba latiendo. Me sentí enfermo. "¿Qué salió mal?" Le pregunté a Harrison.

Metí el dedo en la nata montada. Y probó un poco. “¡Qué asco!” Gruñí. "¡No es crema batida!"

"¿Eh?" Harrison probó un poco. "¡Es jabón!" Declaró, haciendo una mueca. “¡Crema de afeitar o algún tipo de jabón! ¡No es de extrañar que les quemara los ojos!

“Yo… lo llené antes de salir de casa”, tartamudeé. "No entiendo - "

Me detuve. De repente, supe lo que había sucedido.

Los gemelos. Katie y Amanda.

Lo habían vuelto a hacer. Hicieron un cambio mientras me ponía el disfraz.

"Enfermo*matar*¡a ellos!" Grité.

Sentí la mano firme de la señora Henly sobre mi hombro. Nos apresuró a Harrison y a mí hasta la puerta. "Ustedes, niños, necesitan practicar", dijo enojada. "Voy a llamar a tu madre, Jillian".

"¿Eh? ¿Llamar a mi madre? Lloré.

“Para explicarle por qué no puedo pagarte. Arruinaste la fiesta de cumpleaños de Joslyn. Simplemente lo arruinaste”.

Prácticamente nos empujó hacia la puerta.

Harrison y yo salimos bajo un cielo oscuro. Las frías gotas de lluvia me golpean la cara y los hombros. Sabía que el maquillaje blanco de payaso me corría por la cara, pero no me importaba.

Dejé escapar un sollozo. "¿Que voy a hacer?" Lloré. “¿Cómo puedo explicarle a mi mamá lo que pasó? Estoy tan*avergonzado*!”

"Solo dile que apestamos", gimió Harrison.

Caminamos tristemente hasta la calle. Nuestras zapatillas crujieron sobre el camino de grava. El viento cambió de dirección y nos azotó la cara con la lluvia fría.

Harrison se volvió hacia mí. Sus ojos brillaron con entusiasmo dentro de los círculos rojos de maquillaje.

"¡Jillian, tengo una idea!" gritó. "¡Démosle vida a Slappy!"



Me detuve y lo miré fijamente. “¿Lo has perdido por completo? ¿Qué estás diciendo?" Lloré.

"Hagamos un acto de ventrílocuo para nuestra próxima fiesta el sábado por la noche", respondió. Dejó la bolsa en la acera. “No necesitamos estos trucos tontos, Jillian. Hagamos un acto divertido con muñecos”.

"Ponte en serio", murmuré. La lluvia me salpicó la cabeza y los hombros. El pesado maquillaje de ojos me entró en los ojos.

"I*soy*En serio”, insistió Harrison. “Puedes usar Slappy. Conseguiré otro muñeco. Conseguiremos un montón de libros de chistes y montaremos un acto para ellos. Será genial. ¡Mejor que Jimmy O'James! Quiero decir,*dos*tontos*tener*¡Ser más divertido que uno!

La lluvia arreció con más fuerza. Me froté los ojos, tratando de quitarme el maquillaje. El maquillaje blanco corrió sobre mi volante de payaso. El traje mojado se pegó a mi piel.

"¿Qué te parece?" —preguntó Harrison. “Un acto completamente nuevo. ¿Qué dices?"

"Bueno... está bien", estuve de acuerdo, frotándome los ojos. "Al menos no necesitaremos disfraces ni maquillaje para un acto de ventrílocuo". Arranqué el volante mojado y lo metí en la bolsa. “*¡No quiero volver a ser payaso nunca más!*"

* * *

Llovió todo el fin de semana. El clima encajaba perfectamente con mi estado de ánimo sombrío.

Cuando mamá me preguntó cómo estuvo la fiesta de cumpleaños, le espeté: "Ni siquiera vayas allí".

Probablemente mamá se enteró de toda la fea historia gracias a la señora Henly, porque nunca volvió a mencionarla.

Arrinconé a los gemelos en su habitación y los culpé enojado por arruinar mi acto de payaso. “¡Podrías haber cegado a esos niños con ese jabón!” Grité.

“Pero no lo hicimos”, insistió Katie. "No tocamos tus tontos trucos".

"Ni siquiera estábamos en casa", añadió Amanda. "Ayer estábamos visitando a nuestro amigo Stevie, ¿recuerdas?"

Jadeé. Ella tenía razón. Los gemelos no habían estado en casa.

Pero entonces… ¿quién había cambiado el jabón por la nata montada?

¿OMS?

* * *

El lunes, después de la escuela, conocí a Harrison. Se me acercó pedaleando furiosamente en su bicicleta. “Llamé a la tienda de magia”, informó. "No tienen un muñeco de ventrílocuo".

Estaba inclinado sobre mi bicicleta. El neumático delantero me pareció bajo. "Entonces, ¿dónde vas a conseguir uno?" Pregunté, estudiando el neumático.

“Llamé al Little Theatre”, respondió Harrison. “Me dieron la dirección del ventrílocuo”.

Apreté el neumático de la bicicleta. "¿Por qué quieres eso?"

"Apuesto a que tiene otro muñeco que podría vendernos", dijo Harrison. "O tal vez podría prestarnos uno".

Me puse de pie. “Pero cuando lo vi en la calle ese día, actuó muy raro, ¿recuerdas? Me gritó que me deshiciera de Slappy. Luego se escapó”.

"Tal vez tenía prisa o algo así", dijo Harrison. Sacó una hoja de papel del bolsillo de su chaqueta. “Tengo su dirección aquí. ¿Puedes venir conmigo a su casa?

Yo dudé. Realmente no quería ir a ver a Jimmy O'James. Pero sí quería hacerle algunas preguntas sobre Slappy. Y no quería que Harrison fuera solo.

"Está bien", dije, subiendo a mi bicicleta. "¿Qué podría pasar?"



“A mis padres no les gusta que vaya tan lejos en bicicleta”, le dije a Harrison.

Pedaleaba con fuerza, sosteniendo en una mano la dirección del ventrílocuo. "Creo que está a sólo unas cuadras de Dawson", respondió, respirando con dificultad.

Habíamos pasado por nuestro vecindario, por el pueblo y luego por varios barrios pequeños al otro lado de la ciudad. Después de algunos bloques arbolados, las casas se hicieron más pequeñas y más juntas.

“Estamos demasiado lejos de casa”, dije mientras mi bicicleta chocaba contra las vías del tren. Un perro desgarbado nos persiguió durante unas cuantas cuadras, ladrando y mordisqueando mis piernas.

Pedaleamos pasando junto a una hilera de casas móviles de aspecto destartalado alineadas en un terreno cubierto de maleza. "Harrison, ¿estás seguro de saber adónde vas?" Lloré.

“Bueno...” Se quedó mirando la dirección que tenía en la mano como si fuera un mapa de carreteras. De repente, frenó con un chirrido. “Oye, esa debe ser la casa. Allí arriba."

Señaló una casa grande, de tejas grises, escondida entre los árboles. Casi oculto por las ramas bajas de los árboles. La casa estaba completamente a oscuras. Sobre el tejado, justo encima del canalón, había un periódico enrollado. El césped estaba cubierto de hierba alta y malas hierbas.

"Sí. Eso es todo." Harrison arrugó el trozo de papel y lo metió en el bolsillo de sus vaqueros.

Miré las profundas sombras de los árboles, tratando de ver la casa con claridad. “Qué casa más espeluznante. No parece que haya nadie en casa — murmuré.

Caminamos con nuestras bicicletas por el camino de entrada, que estaba agrietado y roto. Las altas hierbas se movían y crujían cuando una especie de animal se escabullía para perderse de vista.

¿Una ardilla? ¿Una ardilla listada?

Me estremecí.

Dejamos nuestras bicicletas de costado sobre la hierba alta que crecía sobre el camino principal. Luego nos dirigimos al chirriante porche de madera.

Presioné el timbre. Pero no lo oí zumbar.

Harrison llamó y gritó. "Señor. O'James... ¿estás en casa?

Esperamos y volvimos a llamar. "¿Alguien en casa? ¿Hola?"

Harrison llamó una vez más y la puerta principal se abrió. No hay nadie parado ahí.

Asomé la cabeza. Oscuridad en el interior. "¿Alguien en casa?"

"Entremos", instó Harrison, dándome un suave empujón. "Tal vez esté atrás o algo así".

Yo dudé. "¿Entra? ¿Crees que deberíamos hacerlo?

"Vamos a comprobarlo", dijo Harrison.

"Bueno esta bien." Respiré hondo y abrí el camino hacia el interior.

Un corto pasillo conducía a una larga y estrecha sala del frente. Los árboles sobre la casa bloqueaban la mayor parte de la luz del sol que entraba por las ventanas. Pero incluso en la penumbra, pude ver que la habitación estaba vacía.

"¿Alguien en casa?" Harrison llamó, tapándose la boca con las manos. "Señor. ¿O'James? ¿Estás aquí?" Su voz resonó en las paredes desnudas.

Nos dirigimos rápidamente a la siguiente habitación. El movimiento en el suelo me hizo detenerme. "Oh, qué asco", gemí.

¡Cucarachas!

Decenas de ellos. Corretearon sobre mis zapatillas. Sentí que me picaban los tobillos.

“¡Owww! ¡Sacarlos de! ¡Quítamelos de encima! Salté arriba y abajo, golpeando a los repugnantes insectos que pululaban.

Luego salté sobre ellos para alcanzar a Harrison. "Asqueroso", murmuré. "El lugar está plagado de insectos".

Nos encontramos en una habitación con una mesa larga en el centro. Al principio pensé que era el comedor. Pero los estantes de herramientas y suministros en tres paredes me hicieron darme cuenta de que estábamos en una especie de taller.

Tiré de la manga de Harrison. “Realmente no pertenecemos aquí. Deberíamos irnos”.

Harrison me ignoró y tomó algo de una esquina de la larga mesa. "Échale un vistazo." Lo empujó frente a mi cara.

"Oye..." Era una cabeza de muñeco de madera. Tenía los mismos ojos fríos y la misma sonrisa torcida que los de Slappy.

"Hay partes de cuerpos por toda la habitación", informó Harrison. Sacó un par de piernas delgadas de un estante. Luego cogió otra cabeza de muñeco.

"Debe construir todos sus muñecos aquí", dije, entrando a la habitación de al lado.

“Tal vez él pueda construirme uno”, sugirió Harrison. "Eso sería genial."

Asomé la cabeza hacia la cocina. Desnudo. Sin comida. Nada de platos, tazones, ollas y sartenes.

"Se ha ido", le dije a Harrison. "Creo que se ha mudado". "¡De ninguna manera!" Harrison protestó. "Necesitamos otro muñeco". "Bueno, no parece que nadie viva aquí", dije. Caminé hacia el pequeño comedor detrás de la cocina. “Quiero decir, mira a tu alrededor, Harrison. Lo ves - "

Mis palabras quedaron atrapadas en mi garganta.

Jadeé horrorizado. Mi mano se llevó a la boca. Harrison también lo vio.

"Ohhh." Un gemido enfermizo escapó de su garganta. Ambos nos quedamos mirando la mesa del comedor.

A la cabeza humana que yacía de lado sobre la mesa. La cabeza de Jimmy O'James.



Ambos avanzamos, paso a paso. Agarré el brazo de Harrison. "Es él - ? Lo es - ?"

Harrison gritó y apartó el brazo. "Lo siento", murmuré. No me di cuenta de lo fuerte que estaba apretando su brazo.

La cabeza del ventrílocuo descansaba sobre su oreja izquierda. Sus ojos oscuros estaban muy abiertos, mirando fijamente a la pared.

Tragué fuerte mientras nos inclinábamos sobre la cabeza. Harrison

recogió la cabeza. ¡Una cabeza de muñeco! gritó.

"¡Oh, vaya!" exclamé. Presioné una mano sobre mi corazón palpitante, tratando de frenarlo. “¡No lo creo! ¡Parece tan real! ¡Se puso como un tonto!

Harrison usó su otra mano para mover la boca hacia arriba y hacia abajo. "Hola. Soy Jimmy O'James y soy un tonto”, dijo con voz ronca, tratando de no mover los labios.

"Vamos. Deja de bromear y vámonos”, supliqué. "Este lugar realmente me está asustando".

“Vaya. Espera”, insistió Harrison.

"No. Lo digo en serio”, le dije. "Me voy de aquí... ¡ahora!"

"¡Pero mira esto!" —gritó Harrison.

Me volví hacia él. Había dejado la cabeza sobre la mesa. Y ahora estaba hojeando un libro pequeño y andrajoso.

"¿Qué es eso?" Exigí, regresando a la habitación.

"¡Esto es genial!" —exclamó Harrison. “Es una especie de cuaderno. Un diario, creo.

“¿El diario de quién?” Pregunté, acercándome a él.

"El diario de Jimmy O'James", respondió Harrison. Sus ojos escanearon las páginas. "Guau. Hay todo esto sobre Slappy aquí.

Saqué el libro de las manos de Harrison. “¿Bofetada? ¿Qué pasa con Slappy? Hojeé

rápidamente las páginas. El diario estaba escrito con una letra diminuta y pulcra. La tinta azul se había desvanecido. Pero aun así era fácil de leer, incluso en la penumbra del comedor.

"Guau. ¡Esto no puede ser verdad! exclamé. “El ventrílocuo debe haber estado escribiendo un libro de terror o algo así. Esto no puede ser real”.

"¿Por qué?" Harrison exigió con entusiasmo. "¿Qué dice?"

"Es - es*increíble*!” Tartamudeé. Mis ojos se deslizaron por la página. “

*Jillian-¿qué dice?*Harrison gritó con impaciencia. Entrecerrando los

ojos ante la pequeña letra, comencé a leer....

> El fabricante de títeres no era un hombre normal. Al menos eso es lo que escuché. Esta es la historia tal como me la contaron. El fabricante de títeres era un hechicero que utilizaba sus creaciones de títeres para el mal. Sus títeres y juguetes enfermaban a la gente con extrañas enfermedades. Construyó muñecos que hirieron a sus dueños. Juguetes que robaron pertenencias preciadas mientras sus dueños dormían.
>
> Al hechicero le encantaba difundir la miseria y el mal a través de juguetes de apariencia inocente.

"Esta tiene que ser una historia inventada", interrumpió Harrison. “Suena como una historia. Él*no poder*ser cierto."

Me mordí el labio inferior. "No lo sé", respondí, hojeando las páginas. "No sé si esto es cierto o no".

Continué leyendo en voz alta....

El muñeco llamado Slappy es el invento más malvado del hechicero. Robó un ataúd por su madera. Talla el muñeco en la madera del ataúd.

Y entonces el hechicero envió su propia maldad al muñeco. El espíritu maligno del hechicero vive dentro de Slappy, listo para ser despertado por la lectura de las malvadas palabras mágicas que escribió el hechicero.

El mal del hechicero vive dentro de Slappy.

"Estas palabras están subrayadas en el diario", le dije a Harrison. Los leí de nuevo....

El mal del hechicero vive dentro de Slappy.

Continué leyendo....

Las antiguas palabras de brujería para darle vida están escritas en un trozo de papel dentro de la chaqueta del muñeco. Cuando se leen en voz alta las palabras antiguas, el muñeco y el mal

- ven a la vida.

De alguna manera logré poner a Slappy a dormir. No estoy seguro de cómo lo hice. Sólo me importa que el muñeco duerma. Tiré el muñeco a la basura para que se lo llevaran y lo aplastaran.

Mi única esperanza es que nadie lo encuentre. Que nadie lea esas malas palabras que le devolverán la vida.

"Vaya", murmuró Harrison, sacudiendo la cabeza. "Encontramos ese trozo de papel, ¿recuerdas?"

Un escalofrío recorrió mi espalda. “Comencé a leer esas palabras. ¡Gracias a Dios nunca terminé de decirlas!”

Harrison me miró fijamente. “Si esta historia es cierta, entonces Slappy realmente podría haber cobrado vida. Realmente podría haberse metido tu lagarto en la boca.

"Y cambiamos la crema batida de nuestro truco por jabón", agregué. Nos miramos el uno al otro en silencio.

"Pero no terminamos de decir las palabras, ¿recuerdas?" Lloré. Tomé una respiración profunda. “Además, toda esta historia es una locura. Los muñecos de madera no pueden cobrar vida.*poder*¿ellos?"

Un fuerte estrépito nos hizo saltar a ambos. El

sonido de la puerta principal cerrándose.

Cerré el pequeño diario. Harrison se lo metió en el bolsillo de los vaqueros.

Ambos nos quedamos helados, mirando la tenue luz gris.

Y escuchó unos pasos lentos y chirriantes que se acercaban... más cerca... El sonido de un muñeco arrastrándose por el suelo.



HAGA CLIC, RASPÉ… HAGA CLIC, RASPÉ. HAGA CLIC, RASPÉ…

Me imaginé a Slappy, con las piernas gomosas y las manos arrastrándose por el suelo. Impulsándose… impulsándose a través de la casa hacia nosotros.

Harrison y yo nos quedamos sin aliento cuando un hombre de pelo blanco con un mono de trabajo oscuro entró arrastrando los pies en la habitación. En su mano derecha sostenía un bastón, que golpeaba contra el suelo. Caminaba cojeando.

Su boca se abrió con sorpresa al vernos. Se apoyó pesadamente en el bastón. "¿Qué están haciendo ustedes niños aquí?" el demando. Tenía una voz como un silbido sin aliento.

"Nosotros… uh… estábamos buscando al Sr. O'James", finalmente dije

entrecortadamente. El hombre señaló detrás de él. “Soy el vecino”, explicó. “Vi la puerta principal abierta. Pensé que sería mejor ver si alguien entraba por la fuerza.

"Pensamos que tal vez el Sr. O'James estaba en casa", le dije, mirando a Harrison. "Pero - "

“Está de gira”, interrumpió el vecino, sacudiendo la cabeza. “Una gira larga. Simplemente se fue. Ni siquiera dije adiós”.

Pasó su bastón de una mano a otra. “No sé cuál fue la gran prisa. Es un pájaro extraño”.

“Gracias por decírnoslo”, dijo Harrison. "Supongo que será mejor que nos vayamos."

Unos segundos más tarde, estábamos de nuevo en nuestras bicicletas, pedaleando hacia casa. El sol se ocultaba detrás de los árboles. Cabalgamos hacia un viento frío.

“*Ahora*¿Qué vamos a hacer?" —preguntó Harrison con tristeza, bombeando con fuerza mientras avanzábamos cuesta arriba. “¿Dónde voy a conseguir un chupete para la fiesta de cumpleaños del sábado por la noche?”

Cambié de marcha y rodé a su lado. "Tengo una idea", dije. “*Tú* puede ser el muñeco. Seré el ventrílocuo y podremos...

“¿Y me sentaré en tu regazo y haré que mi boca suba y baje?” —gritó Harrison. "¡De ninguna manera! Olvídalo, Jillian”.

“Bueno... realmente no quiero hacer un acto de ventrílocuo”, confesé.

Harrison entrecerró los ojos hacia mí. "¿Por qué no?"

"No quiero usar Slappy", respondí. Un escalofrío recorrió mi espalda. “Yo... quiero sacar ese muñeco de mi casa”.

Harrison dejó escapar una risa estridente. "Realmente no crees lo que dice ese librito, ¿verdad?"

"Tal vez", respondí. "Quizás lo haga. Quizás ese muñeco sea realmente malvado, Harrison. No quiero meterme con eso. I - "

"¡Pero tengo una idea increíble!" -protestó. Frenamos ante una señal de alto. “¿Qué pasa con Mary-Ellen?” preguntó.

Le entrecerré los ojos. "¿Disculpe? ¿Qué pasa con Mary-Ellen? “Tal vez podrías

pedir prestada esa muñeca a tus hermanas”, sugirió Harrison. "Es tan grande y de aspecto tan extraño que sería un muñeco estupendo".

"Bueno..." Lo miré fijamente.

"Tal vez podríamos decir que Slappy y Mary-Ellen son novios", continuó Harrison. “Tal vez podríamos decir que se van a casar. Eso podría ser divertido”.

Fruncí el ceño. “¿Slappy y Mary-Ellen? Tienes razón. Él*podría*Sé divertido. Pero realmente no quiero hacerlo. Realmente no quiero usar Slappy”.

"Piénsalo", suplicó Harrison. “Es una gran idea, Jillian. Y no queremos volver a ser payasos. Sólo piénsalo, ¿de acuerdo?

"Está bien", respondí. Pero seguí imaginando la sonrisa malvada de Slappy. Y las palabras del pequeño diario se repitieron en mi mente.

Es cierto, Decidí.

El muñeco puede cobrar vida. El muñeco es malvado....

Cuando llegué a la casa, mamá me estaba esperando en la puerta principal. "¡Llegas tarde!" gritó mientras me bajaba de la bicicleta y agarraba mi mochila. "¿Recuerdas que vas a cuidar de los gemelos esta noche?"

Lo había olvidado por completo.

Entré corriendo a la casa. “Puse tu cena en la mesa”, dijo mamá. "Tu papá y yo tenemos que irnos".

"Bajaré enseguida", le dije. "Solo quiero dejar mi mochila". Subí las

escaleras de dos en dos. Irrumpió en mi habitación. Arrojó la pesada mochila al suelo.

Me volví hacia la puerta. Interrumpido. Y jadeó. "Oh,

nooo", gemí, mirando al otro lado de la habitación.

Slappy se sentó en la parte superior de mi cómoda. Vi un tubo de lápiz labial abierto en su mano derecha.

Luego leí las palabras garabateadas en el espejo con gruesas letras rojas:

¿DÓNDE ESTÁ MI NOVIA??



"¡Mamá! ¡Papá!" Bajé las escaleras gritando.

Ya estaban en el porche de entrada. Papá estaba ayudando a mamá con su chaqueta.

Abrí la puerta contra tormentas. “Tengo que decirte…” comencé. Mamá se volvió. “Katie y Amanda ya están en la mesa. Ve y asegúrate de que coman una buena cena”. Ella y papá corrieron hacia el auto en el camino de entrada.

"Pero, mamá..." Lloré. "¡Mi espejo! Tienes que ver... —Cuéntamelo más tarde —insistió mamá con impaciencia. "Llegaste muy tarde, Jillian".

“Hablaremos contigo cuando lleguemos a casa”, dijo papá. Abrió la puerta del coche y se puso al volante.

Mamá corrió hacia el lado del pasajero. "¡Estás a cargo!" ella llamó. “Estoy confiando en ti, Jillian.*no quiero problemas de ningun tipo*.”

"Pero... pero..." farfullé.

¡Un pequeño problema y los tres quedarán castigados de por vida! Mamá llamó. Subió y cerró de golpe la puerta del coche.

Me paré en la puerta principal, observando el auto avanzar por el camino. Me imaginé las palabras garabateadas con lápiz labial rojo en mi espejo:¿DÓNDE ESTÁ MI NOVIA?

Cuando el auto giró en una esquina, respiré hondo y me dirigí al comedor. Katie y Amanda estaban sentadas con grandes tazones de espagueti en

frente a ellos. Katie estaba haciendo girar un enorme nudo de espaguetis en su tenedor. Amanda estaba recogiendo largos fideos entre sus dedos.

Me acerqué a la mesa, mi corazón latía con fuerza. "¿Estaban ustedes dos en mi habitación?" Pregunté con los dientes apretados.

Amanda sorbió un fideo largo. Katie me miró inocentemente. "¿Cuando?" ella preguntó.

“¿Estuviste en mi habitación esta tarde?” Pregunté con voz temblorosa. “¿Pusiste a Slappy en mi cómoda? ¿Escribiste en mi espejo?

Ambos me miraron con los ojos entrecerrados. "Estás loca",

dijo Katie. "No entramos en tu tonta habitación", añadió

Amanda. Esta vez les creí.

Estaban diciendo la verdad. El diario decía la verdad.

¡El muñeco estaba vivo! Alguien había leído las palabras en el pequeño trozo de papel.

"Yo... ya vuelvo", les dije a las chicas. "Simplemente siéntate y come tu cena".

Me di la vuelta y subí corriendo las escaleras hasta mi habitación.

Sentado en mi tocador, con el tubo de lápiz labial apretado en la mano, Slappy me miró fijamente al otro lado de la habitación.

Lo agarré y lo levanté de la cómoda. Lo llevé a mi cama y lo puse boca arriba.

Luego metí la mano en el bolsillo de la chaqueta donde había metido el pequeño trozo de papel.

Mis dedos hurgaron en el bolsillo.

Busqué en el otro bolsillo.

Luego volví a buscar en el primer

bolsillo. No ahí. No ahí. No ahí.

El trozo de papel había desaparecido.



Mirando al muñeco sonriente, de repente comprendí toda la historia. Sabía exactamente lo que había sucedido.

Katie y Amanda estaban jugando con el muñeco. Encontraron el trozo de papel. Leyeron las palabras y le dieron vida al muñeco.

Estaban aterrorizados. Aterrados por lo que habían hecho. Demasiado asustado para decírselo a mamá y papá.

Las chicas habían descubierto lo malvado que era Slappy. Y sabían que era culpa suya que él hubiera vuelto a la vida. Estaban demasiado asustados para hablar de ello. Demasiado asustados de meterse en problemas terribles.

Cogí el muñeco con ambas manos y miré fijamente sus redondos ojos oscuros. "¿Es verdad?" Lloré. “¿Es verdad, Slappy? ¿Mis hermanas te dieron vida?

Los ojos vidriosos me miraron. La boca torcida y roja parecía reírse de mí.

"¿Es verdad?" -pregunté estridentemente. "¿Es verdad?"

Agarré al muñeco por los hombros y comencé a sacudirlo. Lo sacudí fuerte. Más difícil.

Su pesada cabeza de madera rebotaba sobre sus hombros. Sus brazos volaban frenéticamente arriba y abajo.

Lo sacudí más fuerte. Más difícil.

Finalmente, me detuve. Estaba respirando con dificultad, mi corazón latía con fuerza en mi pecho.

"¡No puedo dejar que arruines mi vida!" Declaré sin aliento. "¡No puedo permitir que destruyas a nuestra familia!"

Lo levanté de nuevo sobre la cama. Rebotó dos veces y luego se quedó quieto, mirando fijamente hacia arriba, con la cabeza inclinada y la boca abierta y sonriente.

Tratando de calmarme, subí las escaleras. “¿Están ustedes dos cenando?” Grité.

"Sí. ¡Estaban comiendo!" Amanda me llamó desde el comedor.

"¿Dónde estás? ¿Qué estás haciendo, Jillian? Katie llamó.

“Bajaré enseguida”, les dije.

Crucé el pasillo hacia el baño. Inclinándome sobre el fregadero, me tiré agua fría en la cara ardiente. Luego me lavé las manos.

Estaba secándome las manos y la cara con una toalla de baño grande cuando escuché un estrépito.

Tan fuerte que la casa pareció temblar.

Sorprendida, me agarré al costado del fregadero. Y escuchó otro estrépito. Desde abajo.

Salté al pasillo.

Y escuché otro estrépito desde abajo. Y

luego un grito horrorizado.

Ambos gemelos gritan y lloran.



Bajé las escaleras saltando de tres en tres.

"¿Katie? ¿Amanda? ¿Qué ocurre?" Grité.

Entré sin aliento al comedor y grité en estado de shock. ¿Slappy sentado en la mesa?

¿Bofetada?

"¿Cómo... cómo llegó hasta aquí?" Tartamudeé. Y

entonces mis ojos recorrieron el desastre.

Platos rotos. Los espaguetis se derramaron por todas partes.

Vasos de leche volcados. Manchas de salsa de tomate goteando por las paredes y las cortinas de las ventanas. Ensalada tirada por todos lados. Un montón de espaguetis sobre la alfombra.

"¡El lo hizo! ¡El lo hizo!" los gemelos se lamentaron. Ambos señalaron a Slappy. El muñeco se

desplomó en su silla, con la cabeza inclinada hacia adelante. Un brazo colgaba a su costado. La otra mano descansaba sobre un charco de salsa para espaguetis sobre la mesa.

Miré del muñeco a las chicas y luego de nuevo al muñeco. "Cuando - ? Cómo - ?" Me atraganté. Las palabras quedaron atrapadas en mi garganta. Me temblaban tanto las piernas que me agarré a la pared para sostenerme.

¡Qué desastre tan horrible! Montones de espaguetis por todas partes. Y las manchas rojas... los platos destrozados.

"¡El lo hizo! ¡El muñeco lo hizo! —gritó Katie.

"Tienes*consiguió*¡Creernos! —suplicó Amanda.

I*hizo*Créelos.

El muñeco se desplomó sin vida en la silla. ¿Pero cómo bajó de mi habitación?

A mis hermanas les encantan las bromas pesadas. Pero nunca llegarían tan lejos.

¿Qué puedo hacer? ¿Qué debería hacer después?

El teléfono sonó.

Salté, sorprendida por el sonido. Luego me alejé de las chicas que gritaban, del muñeco, del horrible desastre, y corrí a la sala para agarrar el teléfono.

"¿Hola?"

“Hola, Jillian. Soy yo."

"¿Mamá?"

"¿Está todo bien?" exigió. "Suenas sin aliento." "¡No!" Lloré.

"¡No! ¡Mamá, no todo está bien!

"¿Eh? Qué - ?"

“¡El muñeco está vivo, mamá!” Grité al teléfono. “¡Tienes que volver a casa! ¡El muñeco está vivo! Derramó los espaguetis y... y... Me quedé sin aliento.

"Jillian, ¡basta!" Mamá respondió severamente. “Detente ahora mismo. Estoy muy decepcionado contigo."

"Pero, mamá..." Quería desesperadamente contarle todo. Pero ella me interrumpió con un grito exasperado.

“Jillian, basta. Te lo supliqué. No más peleas con los gemelos. Tú estás a cargo, Jillian. Tienes que ser un adulto”.

"Pero... pero... mamá..." farfullé.

“No digas una palabra más”, insistió. “Estoy tan decepcionado de ti. Tu padre y yo intentaremos llegar temprano a casa. Adiós."

Ella colgó.

Tragué fuerte. Respira hondo. Y se apresuró a regresar al comedor.

tengo que encerrar a ese muñeco, Decidí.*Tengo que encerrarlo antes de que haga más daño.*.

Me detuve en la puerta y me quedé mirando una silla vacía. "¿Dónde está?" Lloré. “¿Qué hiciste con Slappy?”

Katie abrió la boca, pero no salió ningún sonido.

Amanda gimió y sacudió la cabeza.

"¿Dónde?" exigí. "¿Dónde está el muñeco?" “¡Él... él se fue!” Katie finalmente respondió en un susurro.

"¿Disculpe?" Lloré.

Pero entonces escuché el suave ruido de unos pasos. Un ruido sordo y luego un rasguño. Desde las escaleras del frente.

"Es*a él*", susurró Amanda.

"Va a subir las escaleras", añadió Katie. Ella y Amanda intercambiaron miradas asustadas.

Me quedé helada.

Y escuchó el*BUMP BUMP BUMP*mientras el muñeco subía las escaleras.

"Esto no puede estar pasando", murmuré.

Me obligué a moverme. Volé por la sala de estar. Luego subí las escaleras.

Me detuve en la puerta de mi habitación.

Slappy se sentó en mi cama. Tenía hebras de espagueti de color naranja en la cabeza y fideos colgando sobre los hombros de su chaqueta deportiva.

Mis ojos se dirigieron al tubo de lápiz labial que tenía en la mano.

Y luego hasta la pared encima de mi cama donde había garabateado las palabras:

¿DÓNDE ESTÁ MI NOVIA?



"Todos hemos sido castigados", le dije a Harrison. Caminé de un lado a otro por mi habitación, balanceando el teléfono entre mi hombro y mi barbilla. “Mis padres están tan enojados que ni siquiera quieren*hablar*para nosotros."

"Malas noticias", murmuró Harrison.

Miré por la ventana. Un hermoso y soleado día. No hay clases debido a una conferencia de profesores. Pero no iría a ninguna parte. O ver a algún amigo.

"Nunca los había visto tan enojados", le dije a Harrison. “Las manchas de espagueti no salen de las cortinas ni de la pared. Lo intentamos todo”.

“¿Les dijiste a tus padres que lo hizo el muñeco?” -Preguntó Harrison. “No me

escuchan”, respondí. “Cada vez que menciono a Slappy, se enojan aún más. Empezaron*gritando*"Dime que no vuelva a mencionar al muñeco nunca más".

“¿Y realmente crees que está vivo?” preguntó.

Me estremecí. "I*saber*lo es, Harrison. Lo encerré en una maleta. Me aseguré de que la maleta tuviera doble llave. Tenemos que sacarlo de aquí. Lo más lejos que podamos”.

"¿Qué pasa con la fiesta de cumpleaños del sábado por la noche?" Harrison interrumpió. "Necesitamos el muñeco para la fiesta, ¿recuerdas?" Y luego añadió: “Pero estás castigado. ¿Eso significa que no podemos entretener en la fiesta?

“Mamá me va a dejar hacer la fiesta”, le dije. "Señora. Simkin llamó. Su pequeño es el cumpleañero. Pero tuvo una inundación en su sótano. Entonces vamos a hacer la fiesta en mi casa. Abajo, en el sótano.

"Entonces necesitamos a Slappy", declaró Harrison.

"¡De ninguna manera!" Lloré. “Te lo dije, lo encerré en una maleta. No lo dejaré salir. ¡No lo haré! Cambié el teléfono a mi otro oído. "Tenemos que hacer el acto de payaso, Harrison".

"¡No podemos!" gritó. "Niños*odiar*Nuestro número de payaso, Jillian. Fue tan malo que hizo llorar a los niños, ¿recuerdas?

“Pero el muñeco...” comencé.

"Escribí un acto completo para el muñeco y el muñeco", declaró Harrison. "Es muy divertido. Los niños lo amarán. Tenemos que hacerlo."

No dije una palabra. Seguía imaginando la sonrisa malvada en el rostro de Slappy mientras estaba sentado a la mesa, con los platos rotos y los espaguetis manchados por todas partes. Y una vez más vi las palabras toscamente garabateadas en mi espejo y en la pared:

¿DÓNDE ESTÁ MI NOVIA?

Todo mi cuerpo tembló.

No podría hacer un acto de ventrílocuo con él. No podía darle a Slappy la oportunidad de hacer más maldad.

"Encuentra otro muñeco", le dije a Harrison. “Esa es la única manera en que podemos actuar. Podemos utilizar a Mary-Ellen. Pero no usaré Slappy. Tendrás que buscar otro muñeco”.

"Está bien, está bien", estuvo de acuerdo. “Un muñeco nuevo. Encontraré uno. Ningún problema."

* * *

"¡Dame ese!"

"¡No es mío!" "¡Dijiste que compartirías!" "¡Ve a buscar el tuyo propio!"

La primera pelea estalló en la fiesta de cumpleaños unos cinco minutos después de que empezaran a llegar los invitados.

Los niños de seis años pueden ser bestias. Yo deberia saber. Mis hermanas gemelas de seis años son bestias la mayor parte del tiempo.

Y ahora, Harrison y yo estábamos juntos en el centro de la sala de recreación de mi sótano, mirando a unos quince niños de seis años, luchando, brincando, gritando, riendo y persiguiéndose unos a otros por la habitación.

Harrison se rió y sacudió la cabeza. "Sus padres no veían la hora de dejarlos aquí y largarse".

Suspiré. “¿Puedes culparlos?”

Un globo explotó y una niña con trenzas rojas se echó a llorar. Harrison se apresuró a calmarla.

Los padres estaban celebrando su propia fiesta en la casa de al lado. Incluso la señora Simkin estaba ansiosa por escapar, ¡y era la fiesta de su hijo Eddie!

"Estaremos al lado", dijo, dejándonos a Harrison y a mí a cargo. "Solo grita si nos necesitas".

Harrison finalmente consiguió que la pelirroja dejara de llorar. Se apresuró a regresar hacia mí. Una pelota de fútbol cruzó volando la habitación y casi rebotó en el pastel de cumpleaños. "Señora. ¡Simkin no nos paga lo suficiente! Harrison suspiró.

Miré al otro lado de la habitación. Katie y Amanda parecían estar pasando un buen rato. Estaban mostrando su enorme colección de muñecos tipo puf a otras dos niñas.

Miré hacia abajo y vi a Eddie Simkin, el cumpleañero, tirando de mi camiseta. "¿Cuándo comienza el espectáculo?" el demando. "Queremos que comience el espectáculo".

Comenzó a cantar y un par de chicos más se unieron: “¡Queremos el espectáculo! ¡Queremos el espectáculo!

“Vamos a buscar a Maxie y Mary-Ellen”, le sugerí a Harrison. "Al menos el espectáculo mantendrá a los niños tranquilos por un tiempo".

"Tal vez", dijo Harrison, sacudiendo la cabeza.

Maxie era un muñeco con dientes saltones y aspecto ridículo que Harrison había encontrado en el ático de su tío. Habíamos practicado con Maxie y Mary-Ellen toda la semana y todo había ido muy bien. De hecho, el acto fue tan divertido que nos reímos tontamente.

no pude *esperar* para realizar el acto para los niños.

Habíamos escondido a Maxie y Mary-Ellen en maletas. Y los habíamos escondido en el armario del taller de mi padre al otro lado del sótano.

Harrison sacó a Mary-Ellen de su maleta y le alisó el pelo. Saqué la maleta destartalada de Maxie del armario y la puse de lado. "Ahora, no olvides los cambios que hicimos en la canción", le advertí a Harrison.

El asintió. "Ningún problema."

Hice clic para abrir el caso de Maxie. Y levantó la tapa. Y se acercó a Maxie.

“¡Nooooo!” Un gemido de horror brotó de mi garganta. “*¿Cómo llegó ÉL aquí?*” Grité. Harrison y yo miramos fijamente a Slappy. Bofetada.

Bofetada.

Sonriéndonos desde la maleta de Maxie.



“¡Queremos el espectáculo! ¡Queremos el espectáculo!

Al otro lado del sótano, todos los niños cantaban. "Yo... no puedo hacer esto", le dije a Harrison. "Tengo demasiado miedo". “¡Queremos el espectáculo! ¡Queremos el espectáculo!

Harrison se quedó boquiabierto dentro de la maleta. “¿Quién cambió los muñecos?” -se atragantó. "Cómo cómo - ?"

La sonrisa de Slappy pareció extenderse. Sus ojos redondos brillaron en la tenue luz del sótano.

“¡Queremos el espectáculo! ¡Queremos el espectáculo!

Harrison me agarró del brazo. “Tenemos que hacerlo”, insistió. “Tenemos que hacer el espectáculo. Los niños se amotinarán si no lo hacemos. ¡Será feo!

Detrás de nosotros, los niños coreaban y vitoreaban. Estaban sentados en el suelo, aplaudiendo mientras cantaban, esperándonos impacientes.

"Pero... ¡estaba encerrado arriba!" Lloré, mirando el rostro pintado y sonriente. “Encerrado fuerte”.

"Sólo recógelo", ordenó Harrison. “Haremos el espectáculo. Entonces nos desharemos de él para siempre. Recógelo, Jillian. Agárrate fuerte a él. Todo irá bien."

Miré hacia los niños que cantaban. Se estaban poniendo inquietos. Sabía que Harrison tenía razón. Sabía que teníamos que continuar con el espectáculo.

Respiré hondo y levanté a Slappy en mis brazos. Harrison colocó a Mary-Ellen en sus brazos. Luego cruzamos el sótano para comenzar el acto.

"¡Es mi cumpleaños!" Declaró Eddie, abriéndose paso entre varios niños. "Así obtengo el mejor asiento". Se dejó caer justo frente a Slappy y a mí.

Harrison y yo nos sentamos en altos taburetes de madera. Subimos a Slappy y Mary-Ellen a nuestro regazo. Agarré el muñeco lo más fuerte que pude. Comenzamos nuestro espectáculo.

"Hola, muñeca", le hice decir a Slappy.

"¡No me llames muñeca!" Harrison hizo que Mary-Ellen respondiera con voz aguda y estridente. "¡Te daré una bofetada!"

“Eso está bien para mí. ¿Por qué crees que mi nombre es?*bofetada*?” Hice exclamar al muñeco.

Algunos niños se rieron de eso. Miré hacia abajo y vi a Eddie hacer una mueca de disgusto.

"¡Eres un tonto!" Mary-Ellen lloró en voz alta. "¡Apuesto a que tienes termitas!"

"No deberías insultar", respondió Slappy. "¿Por qué no?"

“Porque eso es*mi*¡trabajo!" - exclamó Slappy. “Eres demasiado tonta para insultar, Mary-Ellen. ¿Conoces la diferencia entre un zorrillo muerto y un sándwich de mantequilla de maní?

"No. ¿Cual es la diferencia?"

Hice que Slappy negara con la cabeza. “¡Recuérdame que nunca te pida un sándwich!”

Varios niños se rieron de ese chiste.

Pero miré hacia abajo y vi a Eddie todavía con el ceño fruncido. "Eso no es muy divertido", me llamó. "¿No puedes ser más divertido?"

“*¿Quieres más divertido?*” Slappy gritó de repente. “*¡Te mostraré algo más divertido, chico!*"

Jadeé. ¡No había hecho que Slappy dijera eso!

Antes de que pudiera hacer algo, el muñeco echó la cabeza hacia atrás. Abrió mucho las mandíbulas.

Escuché un gorgoteo desde lo más profundo del estómago de Slappy. Y

luego grité cuando el gorgoteo se convirtió en un rugido.

Y un líquido espeso y verde salió de la boca abierta de Slappy.

Brotó como agua de una manguera contra incendios. Mugre espesa y verde. Espeso como sopa de guisantes.

Slappy giró la cabeza y roció la sustancia verde sobre los niños. Salpicó a Eddie Simkin a mis pies. Salpicado sobre las paredes, el suelo. Rociado sobre los otros niños.

“Ohhhhhh. ¡El olor!" una niña lloró. Un olor

fétido y pútrido se elevó por todas partes.

Slappy inclinó aún más la cabeza hacia atrás. Transformado. El repugnante líquido verde se derramó sobre todos.

Los niños chillaron y gritaron de disgusto. Vi a un niño levantarse e intentar correr. Pero sus pies resbalaron en la mugre verde y cayó al suelo, boca abajo en la sustancia viscosa.

"¡Está en mis ojos!" gritó un niño. "¡Me está quemando los ojos!"

"Ohhhhhh". Gemidos de horror y disgusto se alzaron en el sótano.

Intenté tapar la boca del muñeco con la mano para detener el chorro.

Pero Slappy se apartó de mí. Grité cuando se deslizó de mi regazo. Cayó al suelo. Se paró sobre dos pies. Inclinó la cabeza y arrojó más líquido espeso y apestoso.

Los niños intentaban escapar. Algunos lloraban. Vi a dos niños inclinados, vomitando en el suelo.

Me volví hacia Harrison. "¿Qué vamos a hacer?"

Pero antes de que Harrison pudiera responder, Slappy dio dos pasos por el suelo. Agarró a Eddie Simkin con ambas manos de madera.

Y con sorprendente fuerza, Slappy arrastró al aterrorizado niño por la habitación.

"Slappy - ¡detente!" Me atraganté.

Se volvió hacia mí, su sonrisa malvada más amplia que nunca. Sus ojos arden de emoción.

“*¡Esta es MI fiesta ahora!*—gritó Slappy. “*¡Quiero a mi novia!*"



"Él es*lastimando*¡a mí!" Eddie chilló. ¡Sáquenlo! ¡Sáquenlo!

"*¡Aléjate de mí!*—ladró Slappy. "*¡Le haré daño! ¡Le haré daño MAL!*Tiró con fuerza de Eddie, tirándolo por el suelo.

Me quedé helado de horror. Los niños gritaban y lloraban, resbalándose y cayendo en la repugnante porquería verde.

*¡Esto no puede estar pasando!*Me dije a mí mismo.

Me volví hacia Harrison. Su cabello estaba empapado en el líquido verde. Le había salpicado la camisa y los vaqueros.

"¿Qué podemos hacer?" Lloré por los gritos de los niños. Me

encogió de hombros impotente.

"¡Voy a buscar ayuda!" Le dije. Salí hacia las escaleras del sótano. "

¿A dónde crees que vas?" Slappy exigió enojado. Sacudió a Eddie de un lado a otro.

"¡Ay! Estás*lastimando*¡a mí!" Eddie gimió.

Mis zapatillas se deslizaron en la sustancia viscosa verde. Levanté ambos brazos. Cogí mi equilibrio. Empezó a correr de nuevo.

No vi el pie de Slappy levantarse. Me hizo tropezar y caí hacia adelante.

"¡Ohhhh!" Dejé escapar un grito de disgusto mientras caía boca abajo en el líquido apestoso. Me deslicé boca abajo unos metros. Rodé sobre mi costado. Me puse de pie.

Me limpié la mugre verde de la cara. Estaba cubierto de eso.

“*¡Si subes las escaleras, los lastimaré a todos!*—dijo Slappy con voz áspera. Su voz estridente provocó escalofríos por mi espalda.

Me detuve y me di la vuelta. “No toques *cualquier* ¡de ellos!" Grité. "¡Déjame ir!

¡Déjame ir!" Eddie se retorció y luchó por liberarse. Pero las manos de madera del muñeco apretaron con más fuerza los hombros del niño.

La sonrisa malvada de Slappy se hizo más amplia. Sus ojos redondos se pusieron en blanco de

emoción. “*¡Esta es MI fiesta ahora!*" gritó. “*¡Pero no QUIERO una fiesta de cumpleaños! ¡Quiero una fiesta de BODAS! ¡Estoy listo para reclamar a mi novia!*"

Lo miré fijamente, mi corazón latía con fuerza. El repugnante olor de la porquería verde hizo que se me revolviera el estómago.

“*¡Quiero a mi NOVIA!*” Slappy exigió a todo pulmón. “*Quiero a mi novia, ¡AHORA!*"

"¡Bueno!" Lloré, mi voz temblorosa y débil. "Bueno. Si te damos a tu novia, ¿prometes irte con ella? ¿Prometes que te la llevarás y no lastimarás a nadie aquí?

Los ojos del muñeco brillaron. Él asintió con su sonriente cabeza de

madera. “*Siiii*”, siseó. “*¡Me llevaré a mi novia!*"

"Bueno. Bueno. Está bien”, respondí sin aliento, pensando mucho. Me volví hacia Harrison. "Dale a Slappy su novia", le ordené.

Harrison me miró boquiabierto. "¿Eh?"

"Su novia", repetí, señalando con ambas manos. “Mary-Ellen. Dale a Slappy su novia.

"Oh." Harrison se dio cuenta. Levantó a Mary-Ellen con ambas manos. Luego cruzó la habitación hacia Slappy. Y le entregó el muñeco grande.

Slappy miró fijamente a Mary-Ellen durante un largo momento.

Luego, para mi sorpresa, dejó escapar un gruñido enojado y arrojó la muñeca por el sótano.

“*¿Estás loco?*—gritó Slappy. “*¡Ese feo pedazo de basura! ¡Ella no puede ser mi novia!*

Slappy extendió la mano y me agarró por la

muñeca.. “*¡Jillian, TÚ eres mi novia!*" gritó.



"¡AY!" Grité cuando el muñeco apretó con más fuerza mi muñeca.

Tiré con fuerza. Sacudí mi brazo. Pero no pude liberarme. Alrededor de la habitación, los niños gritaban y lloraban. Vi a dos chicas abrazándose contra la pared, con las piernas temblando.

Eddie estaba en medio de la habitación abrazándose a sí mismo, sus dientes castañeteaban por el miedo.

Busqué a Katie y Amanda. Estaban acurrucados junto a las escaleras, cubiertos de una sustancia viscosa verde.

Harrison se quedó en shock, con la boca abierta. Dio un paso hacia mí y sus zapatillas salpicaron la baba verde.

Sonriendo ferozmente, Slappy me acercó más. Presionó su cara de madera contra mi oreja.

"*serás mi esclavo*," él susurró. "*¡Serás mi esclavo por el resto de tu vida!*"

"¡No!" Grité.

Tiré de nuevo. Tiré con todas mis fuerzas para liberarme. Pero el agarre del malvado muñeco se apretó aún más. No podía moverme.

Me volví hacia Harrison. Abrí la boca para decirle que subiera corriendo las escaleras y que trajera a los padres de la casa de al lado.

Pero antes de que pudiera decir una palabra, una voz resonó en el sótano.

Una voz femenina. Un*enojado*voz.

“*¡Suelta a esa chica, Slappy!*” la voz gritó. “*¡Ella no es tu novia! ¡SOY!*"

Me volví para ver quién estaba gritando.

María-Ellen!



Los niños gritaban y lloraban. Cuatro chicas se acurrucaron contra la pared, abrazándose.

La gran muñeca caminó pesadamente por el suelo, con su cabello rizado volando detrás de ella. Ella pisoteó a dos niños. Tenía las manos apretadas en puños apretados.

“*¡Inútil palo de madera podrida!*” le gritó a Slappy. Ella se acercó a él y le dio un fuerte empujón con ambos puños.

Sorprendido, Slappy retrocedió tambaleándose.

Su mano se deslizó de mí. Frotándome la muñeca palpitante,

retrocedí. Mary-Ellen agarró a Slappy por el cuello. “*¡No te traje a la vida para ELLA!*” exclamó furiosa. “*¡Soy tu novia!*"

"¿Eh?" Dejé escapar un grito ahogado. Entrecerré los ojos ante la muñeca feroz. “ *Tú* ¿Le dio vida a Slappy? Me atraganté.

La muñeca asintió. Sacudió a Slappy con fuerza. “*¡Tú, palillo de dientes!*” ella gruñó. “ *¡Te convertiré en POLVO de sierra si no te pones en forma!*"

Mientras me quedaba boquiabierta, Katie y Amanda corrieron hacia mí. "Queríamos

decírtelo, Jillian", sollozó Katie. “Pero Mary-Ellen no nos dejó. El primer día que papá la trajo a casa, empezó a hablar con nosotros. Ordenándonos. Dijo que si le contábamos a alguien, nos haría daño. No sabíamos qué hacer. Estábamos muy asustados. ¡Nunca tuvimos una muñeca que estuviera realmente viva!

“Mary-Ellen hizo*todo*!” Amanda lloró. “Ella metió tu lagarto en la boca de Slappy. Rompió los platos y tiró los espaguetis por todos lados. Ella garabateó esos mensajes en tu habitación”.

“Llevaba el muñeco a todas partes”, añadió Katie. “Mary-Ellen*hecho* Amanda y yo decimos que fue el muñeco quien hizo todo. Pero Slappy no estaba vivo... ¡hasta la fiesta! ¡Él nunca estuvo vivo! Mary-Ellen hizo *todo*!”

"Ella quería hacerte daño y meterte en problemas", me dijo Amanda. Una muñeca y un muñeco, ambos vivos. Ambos malvados. La habitación empezó a girar a mi alrededor.

Me volví hacia Mary-Ellen. "¿Por qué?" Me atraganté. “¿Por qué me hiciste todas esas cosas?”

Los labios de la muñeca formaron una mueca de enojo. "Porque dijiste que me odiabas", gruñó. “Porque nunca quisiste que las chicas me llevaran a ninguna parte. Me abofeteaste, Jillian, me arrojaste y metiste mi cabeza en los macarrones.

Los ojos de Mary-Ellen brillaron de furia. "¿Pensaste que no podía oírte?" ella gritó. “Escuché cada palabra que dijiste sobre mí, Jillian. Y entonces usé el muñeco para engañarte y vengarme. No le di vida hasta esta noche, justo antes de la fiesta. Nuestro*boda*¡fiesta!"

Katie me apretó la mano. “Amanda y yo queríamos decirte la verdad”, sollozó. “Pero Mary-Ellen dijo que nos había hecho daño. Dijo que teníamos que cuidarla para siempre”.

“¡La odiamos! Pero ella nos hizo llevarla a todas partes”, gritó Amanda, tomando mi otra mano. "¡Ella fue tan mala con nosotros!"

“*¡Basta de hablar!*—chilló Mary-Ellen. Le hizo girar a Slappy. “Y ahora, Slappy y yo gobernaremos juntos. Y tú, Jillian, serás nuestra esclava. ¡Planeo hacerte sufrir por el resto de tu vida!

Se volvió hacia Slappy. “¿Verdad, cariño? ¿Estoy en lo cierto?

“*¡De ninguna manera!*—gritó Slappy. “*¡De ninguna manera!*Ya terminé contigo, eres solo una muñeca”.

Slappy extendió la mano hacia la cabeza de la muñeca. Hizo un gesto con la mano como si apagara un interruptor de luz.

“Buenas noches”, dijo.

Mary-Ellen lanzó un gemido de sorpresa y cayó al suelo.



"¡Voy a gobernar!" Declaró Slappy, levantando ambas manos por encima de su cabeza en señal de victoria. “Pero no con un*muñeca de trapo*¡como usted!"

Sonriendo triunfalmente, Slappy se giró y volvió a agarrar mi muñeca. "¡Ven conmigo!" el ordenó.

“¡Suéltame! ¡Déjalo ir!" Grité.

"¡Nunca!" gritó. “Ahora eres mi novia, Jillian. Irás a donde yo te diga que vayas”. La mano de madera se cerró alrededor de mi muñeca.

"¡Ay!" Lloré. "¡Déjalo ir! ¡Déjalo ir!"

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una risa

desdeñosa. "Ohhhh." Gruñí.

“*¿Cuál es tu PROBLEMA, Jillian?*” exigió el muñeco. Echó la cabeza hacia atrás con otra risa aguda.

Con la cabeza dando vueltas, luché por controlar el pánico que me paralizaba, luché por liberarme.

Pero me apretó la muñeca hasta que grité. “*¡Nunca escaparás, novia mía!*" Él gritó. “*¡Nunca!*"

Luego, para mi sorpresa, me soltó. Su pesada mano de madera se elevó en el aire. Gritó en estado de shock.

Retrocedí tambaleándome. Me froté la muñeca

dolorida. ¿Qué ha pasado?

Bajé la mirada y vi que Mary-Ellen había revivido. Había agarrado las piernas de Slappy. Lo alejé de mí. Y lo tiró al suelo.

Los niños gritaron y lloraron. Katie y Amanda se acurrucaron contra la pared. Tropecé de nuevo con Harrison mientras el muñeco y el muñeco empezaban a pelear.

Lucharon por el suelo, rodando una y otra vez a través de la repugnante sustancia viscosa verde.

De pie, abrazándose con fuerza, lucharon, se empujaron contra las paredes, tropezaron con niños aterrorizados, derribaron los dos taburetes de madera y tiraron el pastel de cumpleaños al suelo.

Gruñendo y gimiendo, lucharon, desgarrándose unos a otros, abofeteándose, tirando unos de otros sobre la pegajosa sustancia verde.

Al taller de papá.

Tropecé tras ellos. Rebotaron en la mesa de trabajo. Tropecé con la mesa de café en la que papá había estado trabajando durante tanto tiempo. Rodó encima, esparciendo mugre verde sobre la madera pulida.

Y entonces... entonces... todo pasó muy rápido.

Vi la mano de Slappy salir disparada. Lo vi encender la sierra circular. El rugido de la gran sierra me hizo taparme los oídos con las manos. Y mientras miraba en estado de shock, con las manos en la cabeza, vi a Slappy empujar a Mary-Ellen... empujarla... empujarla hacia la hoja de la sierra zumbante.

La sierra chirrió (un chirrido estridente y ensordecedor) mientras cortaba el gran muñeco por la mitad.

La hoja la atravesó fácilmente. Su mitad inferior (sus piernas, su falda) cayó al suelo junto a la gran sierra.

Slappy echó hacia atrás la cabeza. Y se rió. Rió triunfalmente. Su risa se elevó por encima del rugido de la sierra.

Y luego su risa se interrumpió. Su sonrisa se desvaneció. Los ojos del muñeco se abrieron desorbitados de horror.

La mitad superior de Mary-Ellen se aferró a Slappy.

Sus manos lo agarraron... lo agarraron con fuerza. Y*Lo arrastró a través de la hoja de sierra zumbante*.!

La espada cortó a Slappy por la cintura. Lo cortó por la mitad.

Ambas mitades cayeron al suelo.

Miré fijamente a la muñeca y al muñeco. Ambos cortados por la mitad.

Ambos sin vida ahora. Sin vida una vez más.

Luchando por recuperar el aliento, por frenar los latidos de mi corazón, apagué la sierra. La hoja zumbó silenciosamente y se detuvo.

Dejé escapar un largo suspiro de alivio. Miró la muñeca sin vida, el muñeco sin vida. Yaciendo tan quieto ahora.

Caminando con piernas temblorosas, miré a Slappy. Inclinado sobre su mitad superior. Se inclinó para asegurarse de que no le quedara vida.

Y su mano se levantó y agarró mi pierna.



"¡Ohhhh!" Lancé un grito de horror. Me caí hacia atrás.

La mano de Slappy se arrugó. Cayó al suelo sin vida.

No volvió a moverse.

Respiré profundamente y lo contuve. Cerré los ojos y conté hasta diez, luchando por calmarme.

Una conmoción detrás de mí me hizo abrir los ojos y darme la vuelta. Vi a Harrison bajar corriendo las escaleras. Varios padres lo siguieron. Me di cuenta de que había corrido a buscarlos a la casa de al lado.

Los niños gritaban y lloraban. Abracé a Katie y Amanda. Mamá y papá se

detuvieron a mitad de las escaleras. "Jillian... ¿a qué se debe todo ese ruido?" Mamá llamó. “¿Qué es este asqueroso lío?”

"Bueno", respondí, "es una historia larga..."

* * *

"Harrison, ¿qué estás haciendo con eso?" Yo pregunté.

“Sólo lo estoy leyendo”, respondió.

Eran casi las diez de la noche. Finalmente estaba empezando a sentirme mejor. Los latidos de mi corazón habían vuelto a la normalidad. Mis piernas habían dejado de temblar.

Pasamos el resto del día disculpándonos con la señora Simkin y los demás padres. Luego todos colaboramos para limpiar el sótano.

Mamá y papá todavía exigían una explicación completa. No estaba segura de cómo podría explicarlo.

Ahora Harrison y yo estábamos en el sofá del estudio. Katie y Amanda estaban tiradas en el suelo, viendo la televisión.

Harrison estaba inclinado sobre el diario del ventrílocuo, leyéndolo lenta, cuidadosamente y con gran interés.

"No puedo creer que hayas robado ese viejo diario", dije.

Se llevó un dedo a los labios. “Sshhh. Esto es muy interesante."

Gruñí. “¿Por qué sigues leyendo esa cosa? Se acabo. No tenemos nada más de qué preocuparnos”.

"No estoy tan seguro", respondió Harrison en

voz baja. "¿Eh? ¿Qué quieres decir?" exigí.

“Escuche lo que dice el diario”, respondió Harrison. "Dice que incluso si se destruye el muñeco, es posible que el mal no muera".

"¿Eh?" Lloré. "Dice*qué*?”

Harrison acercó el librito para leerlo. “Dice que el cuerpo del muñeco puede ser destruido, pero el espíritu maligno no puede ser asesinado. Simplemente pasará a otro cuerpo”.

Negué con la cabeza. "Bueno, eso es ridículo", dije. “Slappy está muerto. Muerto, muerto, muerto”.

Harrison se encogió de hombros. "El diario dice que el mal puede transmitirse a alguien que estuvo cerca del muñeco".

Me volví hacia Katie y Amanda. "Eso es ridículo, ¿no es así, chicas?"

Levantaron la vista del televisor y nos sonrieron a Harrison y a mí.

Entrecerré los ojos y los estudié.*¿Por qué tienen sonrisas tan extrañas en sus caras?*Me preguntaba.

Los miré durante un largo rato.

"Harrison", susurré. "¿Adivina qué? Finalmente voy a conseguir mi venganza”.

Incliné la cabeza hacia atrás, abrí mucho la boca, me volví hacia mis hermanas y escupí una espesa porquería verde sobre ellas.

About the Author

Los libros de RL Stine se leen en todo el mundo. Hasta ahora, sus libros han vendido más de 300 millones de copias, lo que lo convierte en uno de los autores infantiles más populares de la historia. Además de Goosebumps, RL Stine ha escrito la serie para adolescentes Fear Street y la divertida serie Rotten School, así como la serie Mostly Ghostly, la serie The Nightmare Room y el thriller de dos libros.*Chicas peligrosas*. RL Stine vive en Nueva York con su esposa Jane y Minnie, su King Charles spaniel. Puede obtener más información sobre él en RLStine.com.